

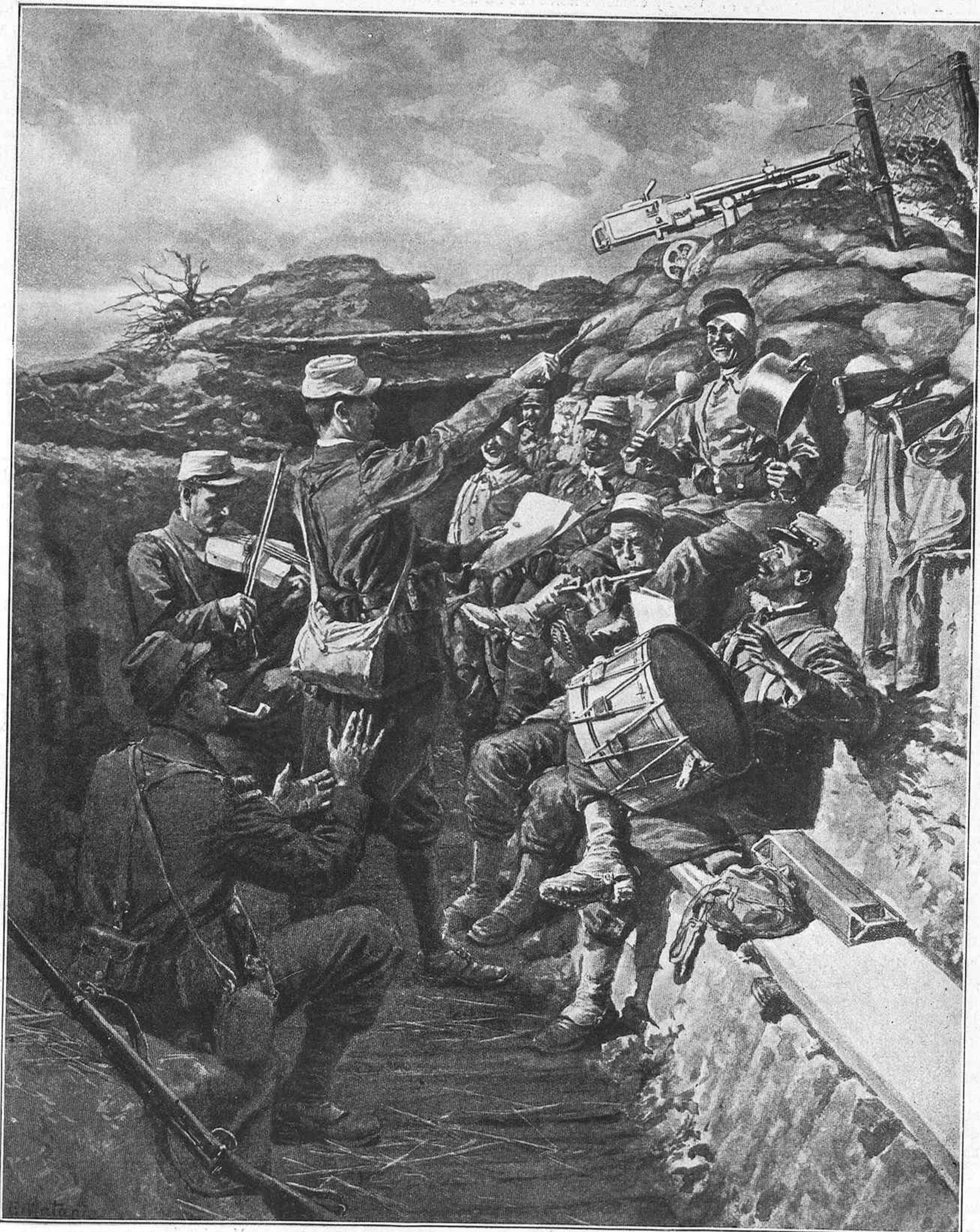
La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 9 DE AGOSTO DE 1915

NÚM. 1.754

LA GUERRA EUROPEA. - UNA TREGUA DEL COMBATE



Concierto improvisado en una trinchera francesa, dibujo de E. Matania hecho en vista de fotografías. (Reproducción autorizada.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Agüeros*, por Amalia Puga de Losada. — *La guerra europea*. — *La familia Real en Santander*. — *Valencia. La batalla de Flores*. — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *Sabadell. Teatro de Naturaleza*. — *Melilla. Inauguración del nuevo edificio de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación*.

Grabados. — *Concierto improvisado en una trinchera francesa*, dibujo de E. Matania. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *Agüeros*. — *Montería*, cuadro de Miguel Hernández Nájera. — *El faro de Corbiere (Jersey)*, cuadro de José Gartner de la Peña. — *Tipos del Rif*. — *La guerra europea* (seis fotografías). — *Carros blindados del ejército inglés avanzando al través de las trincheras para llegar hasta la línea de fuego de los turcos, en donde entrarán en acción sus ametralladoras*, dibujo de R. Catón Woodville. — *Conducción de una batería de artillería pesada a lo alto de un monte*, dibujo del natural del profesor Hugo Ungewitter. — *La familia Real en Santander*. — *Valencia. La batalla de Flores*. — *Sabadell. Representación de «Terra baixa» en el Teatro de la Naturaleza*. — *Melilla. Inauguración del nuevo edificio de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es en extremo interesante observar cómo en Francia, en los decisivos momentos actuales, elementos escogidos de las letras y de la intelectualidad, se apresuran a reconocer los yerros pasados y a formular la aspiración de una patria nueva.

Si aquel gran patriota y superintelectual que se llamó Fernando Brunetiére viviese ahora, ¿cómo uniría su voz a las voces que se alzan para aconsejar, para avisar a una generación!

Yo soy decidida partidaria de Francia y de su cultura.

Sus errores, que se deploran actualmente, no los he considerado irremediables nunca.

Hay en ese pueblo encantador tantas energías vitales, que seguramente saldrá del conflicto presente como salió del pasado, pero con mayor experiencia, con doble sentido de defensa y precaución, y con predominante unidad de miras, que en 1871, por desgracia, no tuvo.

* *

¿No os dice algo, no os dice mucho en favor de Francia, el hecho significativo de que, en estos momentos anormales, en París no se registre un crimen ni un robo?

Creyó todo el mundo, al principio, que sucedería lo contrario.

Se imaginaron a las hordas de apaches cayendo sobre la bella ciudad como ejército de voraces ratas, y entrando a saco en los hogares abandonados por sus dueños que están en los campos de batalla.

Se creyó que los refinados malhechores aprovecharían las circunstancias para hacer su agosto.

Se supuso que, preocupado el Gobierno por otras necesidades, desatendería la seguridad pública.

Y fué lo contrario.

Desplegando una actividad vertiginosa, ejerciendo una vigilancia infatigable, surcadas las calles por mesnadas de agentes en bicicleta, la policía redimió a París de la mengua del apachismo.

¿Cómo no aplaudir?

* *

Sobre la transformación de las costumbres por las circunstancias presentes, ha dado Mauricio Donnay, el conocidísimo autor dramático, una Conferencia en la Sociedad de Geografía.

Se titula «La parisiense de ayer y la de hoy».

Empieza refiriéndose a una función de gala en el Teatro de la Ópera, a beneficio del conocido actor y empresario, Antoine, y declara haber sentido inquietudes, estremecimientos, al fijarse en los trajes y tocados de las señoras.

Corrían parejas en ellos la excentricidad y el impudor.

Veíanse pelucas azules, cabellos empolvados de oro, corpiños que no existían y faldas completamente hendidas, de alto a bajo.

Donnay conocía a muchas.

Alguna de ellas acostumbraba bailar el tango, la machicha, el two-step, la furlana y el lulu-fado en Magic City, y con cualquiera, en presencia de su marido, a quien, sin embargo, amaba; pero la ociosi-

dad, de la cual era, dice Donnay, trepidante víctima, no le dejaba un minuto de reposo.

Giraba en el torbellino de inmorales apariencias.

Donnay no quiere decir que esta clase de mujer sea la parisiense por antonomasia.

De parisienses, por un cálculo aproximado, hay un millón doscientas mil.

Y de éstas, acaso las dos terceras partes son laboriosas, económicas, llenas de cordura.

Otro tanto he solido yo decir, sin obedecer, en este caso, a ningún dictado patriótico...

Pero se trata de la parisiense según los libros y las novelas y las comedias, y desde luego, aun constituyendo una minoría, tal parisiense existe en la realidad, y es lo primero que en París salta a los ojos; es la de la azul peluca, la machicha y la falda rajada.

Y esta mujer, Donnay lo afirma, es en demasía esclava de la moda.

El vértigo de la variedad la trae jadeando.

El culto de la figura y de la belleza llega al grado de idolatría.

La mujer vive pendiente de sus cejas, sus uñas, su cuerpo.

Y por eso hay institutos de belleza, academias de tinte y escuelas normales de manicura.

* *

He ahí, a juicio de Donnay, el mal que se padece en Francia, y del cual Francia se moría antes de la guerra.

El lujo loco, desenfrenado, extravagante, exasperado, criminal.

Y el moralista — hay que darle tal nombre — se pregunta, ¿por qué tal lujo? Y contesta: «porque lo excepcional en las sociedades constituidas en formas aristocráticas, se vulgariza en las democracias.

»Cuando el pueblo es el soberano, la corte está en todas partes.

»El segundo Imperio tenía algunos diamantes, pero la tercera República tiene perlas con exceso. Esas perlas fueron al principio pequeñas como granos de mijo; ahora son gordas como avellanas.

»Tal mujer, cuyo marido tiene principios, y, sobre todo, palabras democráticas, y que habla sin cesar del bienestar que es preciso ofrecer al pueblo, de la igualdad que debería existir en el reparto de bienes, y clama contra el derroche de los armamentos, tal mujer, digo, posee perlas, que cada una representa el coste de varias casas de obreros o de un cañón de 75.»

Quisiera citar entera la disertación de Donnay, porque está la llaga señalada con dedo severísimo, analizada la enfermedad con clínica precisión.

Fermentaba, bajo ese mal social, una crisis enorme. ¿Revolución o guerra?

Fué lo segundo.

Y entonces, como al conjuro de un mago, he aquí que la parisiense se transforma.

Puede transformarse, nos asegura Donnay, con rapidez y sin transición, porque la mujer, en los cuarenta y tantos años corridos desde la guerra franco-prusiana a la actual, se ha educado, ha aprendido, ha ensanchado su cultura.

En 1870-71, poco hizo la mujer, en sentido patriótico y en sentido humanitario; hoy lo está haciendo todo, con una abnegación sublime, con una inteligencia valerosa.

Es un buen argumento feminista.

* *

Si creemos — y debemos creerlas —, las buenas noticias de Donnay, las mujeres francesas están realizando una labor digna de toda alabanza.

Muchas de ellas, antes de la guerra, vivían mano sobre mano; ningún quehacer ocupaba sus ociosas horas.

Y lo dice un axioma, demasiado vulgar: — la ociosidad es la madre de todos los vicios — ...

Hoy, en cada distrito y barrio, funcionan talleres donde se confecciona ropa de abrigo, ropa blanca, que se distribuye entre las tropas y los hospitales.

Las mujeres, pertenezcan a la clase social que pertenezcan, ejercen todo cargo: son obreras, costureras, compran, venden, reparten limosna, predicán, persuaden...

Hay una que se ha consagrado a atender a los cojos, mutilados e inválidos de la campaña.

Surtirles de muletas, enseñarles a andar, a vivir con su mutilación... Quedarán cien mil cojos, por lo menos, y es preciso pensar en su suerte.

Otras se ocupan de los refugiados belgas, socorren su miseria, mitigan su dolor.

Todas, o la mayor parte, prodigan tiempo y trabajo; dinero, las que pueden.

Y, con esta nueva vida, se desarrolla el modo de ser propio de ella: nacen las virtudes de las existencias fundadas en el altruismo patriótico, el único posible y fecundo.

Las mujeres de París han renunciado a sus extravagancias, a sus lujos absurdos, a su continuo jadear tras la última moda, con la lengua fuera.

Y se visten con extrema sencillez, de medio color; y comen dos platos, eso las que son ricas; y parece que está resuelto fundar, al terminarse la guerra, la *Liga de los dos platos*: la liga, a la vez moral e higiénica, de la templa en comer.

Tememos, ¡ay! que esto no dure, cuando la paz restablezca las cosas cual eran antes...

* *

Sin embargo, ha de quedar, de este momento de espiritualidad profunda, un surco no menos hondo.

Ha de quedar confirmado poderosamente, y en el alma de la mujer, que es donde más convenía, el sentimiento, la convicción, el amor indesarraigable, patriótico.

Aquella famosa crisis del sentimiento de la patria, que señaló el peor momento de la decadencia, no en Francia tan sólo, pero quizás en Francia con mayor aparato de sofismas, ha pasado, ojalá que para siempre.

Porque Francia influye tanto en la mentalidad española, que cuanto bueno le ocurre se refleja en nosotros, y cuanto más inventa, lo mismo.

¡Y aquí también era de moda sonreír desdeñosamente cuando se hablaba de patria!

En esta singular aberración habían caído entendimientos por otra parte claros y privilegiadas imaginaciones...

* *

Otro conferenciante francés, Andrés Beaunier, que disertó sobre *La nueva Francia*, no se forja ilusiones baldías: la victoria, la misma victoria, no resolverá todos los problemas; las discordias continuarán.

Pero el desorden de las ideas se habrá corregido bastante: la gente de buena intención sabrá a qué atenerse.

En Francia — sigo exponiendo la tesis de Beaunier — toda extravagancia ha tenido sus apóstoles; se ha armado un rebullicio de pensares.

Las monedas francesas ostentan la efigie de la Sembradora, y el conferenciante lamenta que la Sembradora, desgredada, precipitada, haya lanzado indistintamente toda semilla, sin examinarla ni escogerla.

Lo mismo da trigo que cizaña: el caso era sembrar, sembrar.

Y — prosigue — entre esas ideas sembradas sin examen, una fué el pacifismo.

Alrededor del pacifismo se acumularon mentiras a granel.

La mentira más funesta a Francia fué la de considerar que la guerra era cosa de antaño, algo que pertenecía a las edades bárbaras, y que, por lo tanto, no importaba no estar preparado para una contingencia que, racionalmente, no había de presentarse.

Otra idea engañosa, la de la evolución, según la cual el mundo caminaba hacia una era de armonía. Así vivía Francia en plena utopía «declarando la paz al mundo»; fuera de la realidad, fuera de la vida.

Y el intelectual cuyas apreciaciones estoy reseñando, declara que quiere que su patria sea pacífica...; pero nunca pacifista.

¡Son cosas muy diferentes!

La guerra ha multiplicado hechos que desmienten a los que forjaban falsos porvenires, edades de oro quiméricas.

* *

He recogido estos decires de hombres de valía, franceses, porque tienen ejemplaridad.

Las naciones son sanables, y Francia, en breve plazo, puede ostentar sobre su lindo semblante los colores de la salud, si quiere...

Para que sane, lo mismo da que venza o que sea vencida.

La victoria, en esta lid, me figuro que no será tan decisiva que acabe con ninguna gran nación.

Y, además, creo que no dirige Alemania sus tiros contra Francia especialmente ni preferentemente.

Al buen entendedor...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

AGÜEROS, POR AMALIA PUGA DE LOSADA (PERUANA), dibujo de Mas y Fondevila



Entretanto, la pasión o el capricho de éste crecía con la contemplación de la niña, esa tarde más bella que nunca

Por aquel entonces, cuando la manecilla del tiempo comenzaba a recorrer el tercer cuadrante del siglo XIX, la presencia en Aural de un forastero como Leandro Saratoga, joven costeño, gentil mozo, acomodado y vástago de buena cepa, no era acontecimiento ordinario y, por lo tanto, no podía pasar inadvertido; de suerte que aun cuando los padres en esa época no despuntaban por casamenteros, como tampoco podían mirar con absoluta indiferencia las posibilidades de un partido ventajoso para sus hijas, algunos se apresuraron a dispensarle amable acogida y señaladas atenciones en sus domicilios, en donde él se dió a conocer como decidido y galante, pero cuidadoso de no soltar prenda.

Desde su llegada a la soñolienta ciudad andina, Saratoga asistía todos los domingos y días festivos a misa mayor en la iglesia matriz — la catedral futura —, no tanto por cumplir con el precepto, ni menos aún por farisaísmo, cuanto por interés profano y hasta pecaminoso: por recrearse con la vista de las chicas de tez de maduro melocotón y garrido cuerpo, bellamente desarrollado a favor del clima tónico y salutar de la sierra, en busca de cuyos beneficios había venido él, apenas convaleciente de unas tercianas que dejaron malparado su organismo.

Con todo y haber señoritas lindas en las primeras familias auralinas, quien le llenó el ojo a Saratoga, bajo las bóvedas del templo, fué Lolita Arnáez, niña lozana como un capullo, de claro linaje, pero relegada a segunda fila por la estrechez de sus medios pecuniarios y también porque su viuda madre, doña Cipriana, mujer de carácter sentado y reflexivo, hecha de la madera de que se hacen las matronas, no teniendo nada de intrusa, no acostumbraba meter a su hija en el círculo de las amigas pudientes, sistema practicado por madres ambiciosas para dar a conocer a muchachas pobres, que así adquieren personalidad social, bien como los átomos del aire se hacen perceptibles al entrar en la zona luminosa de un rayo de sol.

Informado del retraimiento en que vivía Lolita, el joven Saratoga, que sentía en su interior no sé qué estímulos donjuanescos, se las compuso de modo que logró ser presentado en casa de aquella, y continuó frecuentándola con alarmante asiduidad. Entonces doña Cipriana, reconociendo la gravedad de la situación, empezó a ponerse perpleja; porque de un lado peligraba el buen nombre y de otro el porvenir de su hija: si fomentaba con su permiso tácito las repetidas visitas del galán, que ya principiaba a

insinuarse como enamorado perdido de la niña, la exponía a ser moralmente devorada por la maledicencia, más mordaz y cruel mientras más reducida es su esfera de acción; si le cerraba a aquél las puertas, acaso rechazaba inconsideradamente a la felicidad, que parecía querer entrarse por ellas... ¡Fatal disyuntiva!.. En su indecisión, se resolvió a esperar con viva fe que Dios, «cuyos caminos son admirables», le diera acierto para proceder como más conviniese a la criatura que Él había entregado a su custodia y responsabilidad.

Cuando las preferencias del joven forastero comenzaban a traslucirse y cuando comentarios y vaticinios, en su mayor parte adversos, iban tomando cuerpo y espesándose, como ominoso nubarrón, en torno de las Arnáez, sucedió que cierto día se presentó aquél en casa de éstas seguido de un granuja, cogido en la calle y pagado para el efecto, que portaba una enorme chirimoya, ejemplar magnífico de la fruta, que Leandro acababa de comprar como cosa estupenda. Y no le faltaba razón, puesto que nunca la había visto semejante; porque en la costa las chirimoyas son menguadas de tamaño y asperillas de sabor, degeneradas, en una palabra; al paso que en Aural son grandes y exquisitas, lo que indu-

ce a los auralinos a jactarse de que fué sin duda de aquí de donde los conquistadores escribieron a su país «que el delicado manjar blanco que en España se hacía de leche, con azúcar y otros ingredientes, en el Perú se daba en árboles», y acaso también añadirían que para regalarse con él no se necesitaba más que «alzar la mano y alcanzarle de las ramas, que liberalmente se inclinaban brindándole», ni más ni menos que las encinas lo hacían con sus bellotas en la dichosa edad de oro, descrita por Don Quijote en peroración elocuente.

A indicación de Saratoga, la criada de la casa, tercera y última persona de la familia, recibió la chirimoya de manos del pilluelo y la puso en una fuente de loza, historiada en azul con escenas de caza, distintivo de los servicios de mesa en aquel período, mientras sus amas cambiaban saludos con el caballero, quien las manifestó amablemente que se había permitido la franqueza de venir a tomar en unión suya la refrigerante fruta.

La señora, por cortesía, fingió aceptar de buen grado el obsequio, sin embargo de comprender que todo no pasaba de un pretexto de Saratoga para acercarse a Lolita.

Llegado el momento de servir la chirimoya, partióla doña Cipriana y, sorprendidos, se encontraron con que, bajo su apetitosa apariencia, se ocultaba la descomposición: estaba totalmente malograda; y aunque chorreaba almíbar, en su parte interior, agujereado como una esponja, pululaban gusanos amarillentos.

A vista de la partida chirimoya experimentó doña Cipriana una corazonada reveladora. Ningún arúspice romano leyó jamás con mayor claridad en las entrañas palpitantes de las víctimas. Y es que la señora auralina era supersticiosa reincidente, no obstante saber que es culpa, y no venial, «dar crédito a sueños, agüeros y rayas de manos»; por lo cual cada año, al cumplir con la Iglesia por Pascua Florida, tenía que oír severas amonestaciones del director espiritual.

Disimulando su contrariedad y guardándose para recapacitar a solas sobre sus aprensiones, con verdadero tacto y comedimiento bromeó acerca del accidente y mandó a su criada por nuevas chirimoyas para satisfacer el antojo expresado por Saratoga.

Entretanto, la pasión o el capricho de éste crecía con la contemplación de la niña, esa tarde más bella que nunca, porque el rubor producido por las miradas y los velados piropos del galán habían encendido sus trigueñas mejillas y la obligaban a bajar a cada rato los ojos, con gesto natural y encantador.

Saratoga se despidió a hora conveniente, porque doña Cipriana, sin emplear palabras, con sólo la dignidad de su porte, le mantenía a raya, erizando de dificultades la empresa que él se había propuesto llevar a cabo. Pero más entusiasta cada momento, salió resuelto a volver, avanzada la noche, convertido en trovador y acompañado de un amigo, que ta-

Doña Cipriana y su hija percibieron con toda claridad el canto, porque ambas se hallaban desveladas. Llamándose de cama a cama, cruzaron pareceres, intrigadísimo; pues bien sabían que la casa contigua estaba desocupada y que, aun cuando no lo estuviese, entre sus dueñas no había ninguna a quien razonablemente pudiera festejar un enamorado.

Mas la criada de las Arnáez, hasta cuya apartada alcoba llegaron desde sus preludios, a favor del silencio nocturno, los bien concertados sonos, no se resignó a ignorar su procedencia. Con esa invencible curiosidad propia de las gentes de su ralea, se deslizó hasta el zaguán, donde aplicó los cinco sentidos a la indagación; y terminada la serenata, pudo reconocer en uno de los trovadores a Saratoga, que pasó hablando con su compañero.

No bien amaneció, lo primero que hizo la india ladina fué comunicar a sus amas el descubrimiento que había efectuado con interés y diligencia.

Empero, con el *quid pro quo* de la serenata, que en el acto caló la señora, recrudescieron sus abusos; y entonces prudentemente, suavísimamente, expuso a Lolita su creencia de que el Cielo, por patentes indicios, las prevenía de que no eran nada rectos los propósitos de Saratoga. La chirimoya agusanada parecía un símbolo de los perversos fines que él encubría con máscara de amor, y su equivocación de horas después bien podían ellas tomarla como una caritativa advertencia de que urgía despedirle, antes que la reputación de la doncella sufriese menoscabo. Y para que no las quedase remordimiento ninguno, doña Cipriana ofreció a su hija sondear con cautela el ánimo del caballero, poniéndole de manifiesto sus escrúpulos relativos al *qué dirán* y abriéndole campo con diplomática sagacidad para que, si su conducta era honrada, lo declarase categóricamente.

La niña, si bien *ferida de punta de amor*, había sido educada en buena escuela, y convino en lo que su madre le proponía. Ésta procedió con toda sutileza y sin pérdida de tiempo, mostrándose a la vez afable y altiva, dejando entrever a Leandro que, a ser noble su sentimiento, sería admitido con beneplácito, así como, en caso contrario, debía renunciar a seguir poniendo los pies en su casa.

Y siendo las intenciones del tenorio iguales a la chirimoya de marras, doña Cipriana se encargó de hacerle repetir a sabiendas el error de la serenata, es decir, le mandó enérgicamente «con la música a otra parte».



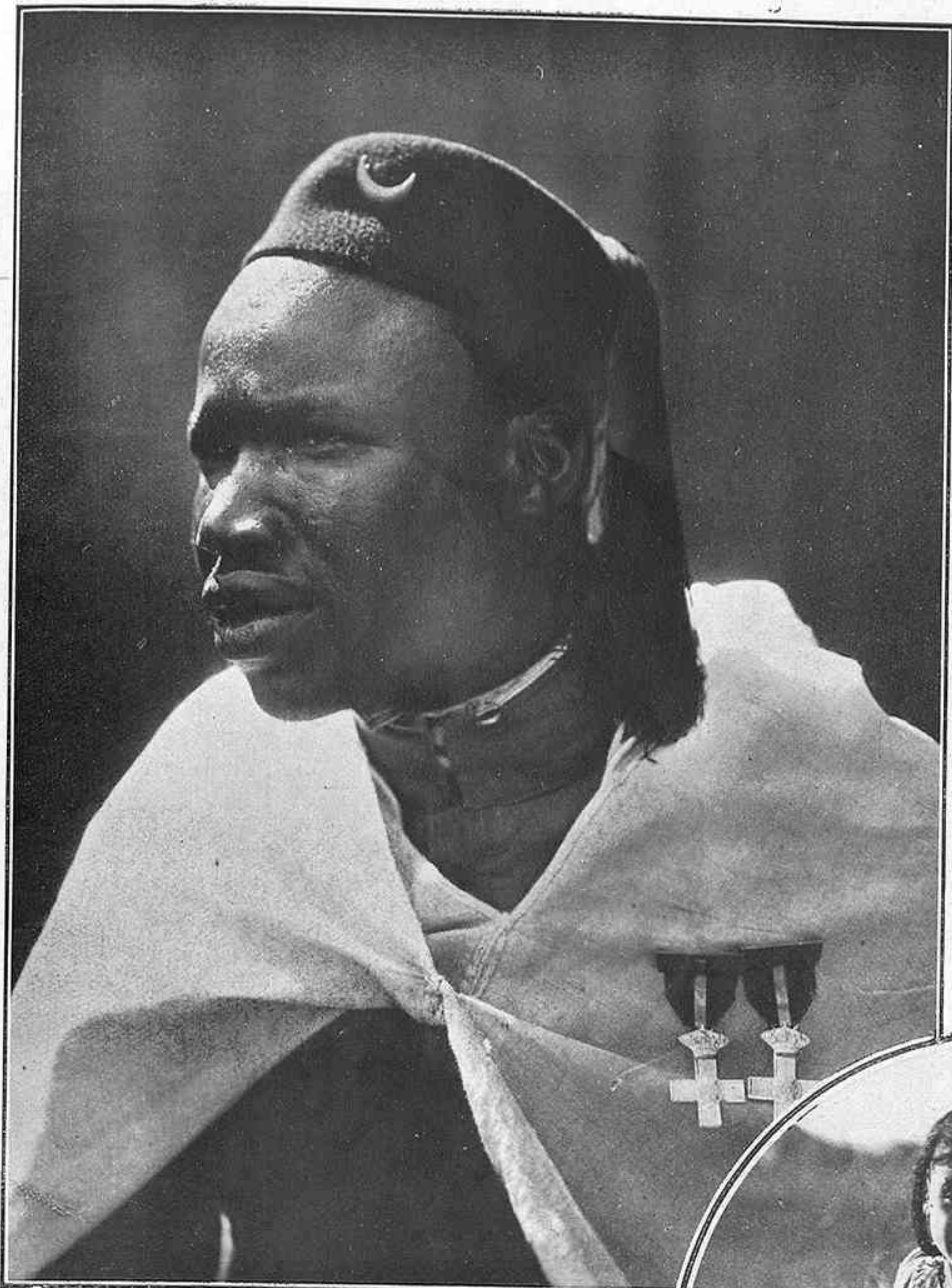
Montería, cuadro de Miguel Hernández Nájera.

ña la vihuela, que la hacía hablar, como suele decirse, para dar una serenata a Lolita.

Contadas eran las casas de la ciudad que se honraban en aquel tiempo con grandes ventanas de reja y balcones sobre la calle. Todas las construcciones modestas, que databan de la era colonial, apenas tenían esas ventanucas altas y cuadrilongas, llamadas tragaluces; y no se conocían otras en el barrio donde moraban las Arnáez, que no podía ser, por supuesto, de los más céntricos. La analogía de sus casas dió lugar a que en la noche confundiera Saratoga la de Lolita con la siguiente y entonara la serenata al pie de ajena rejuela. Para colmo de sarcasmo, ¡la familia vecina se hallaba ausente a la sazón!



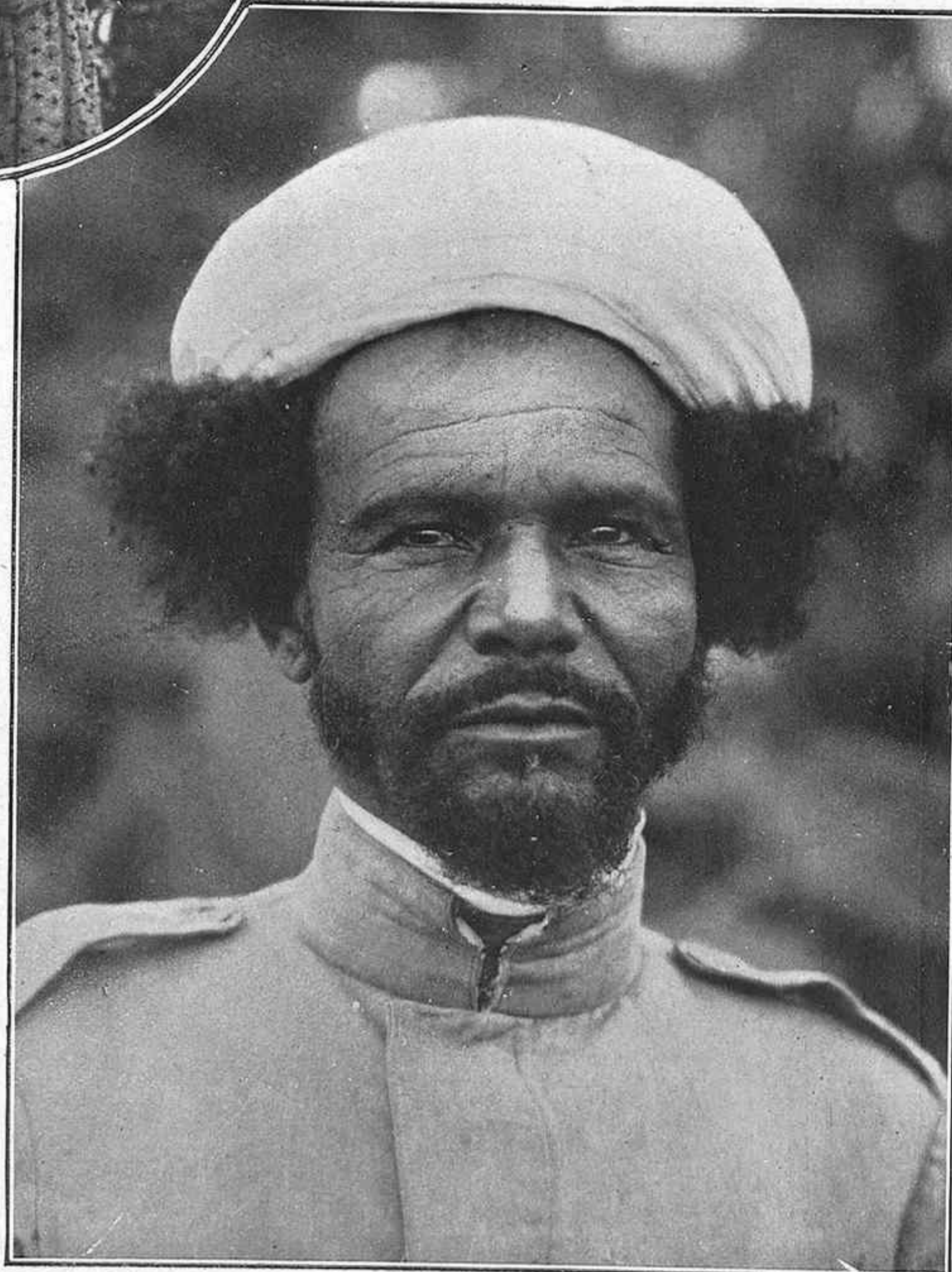
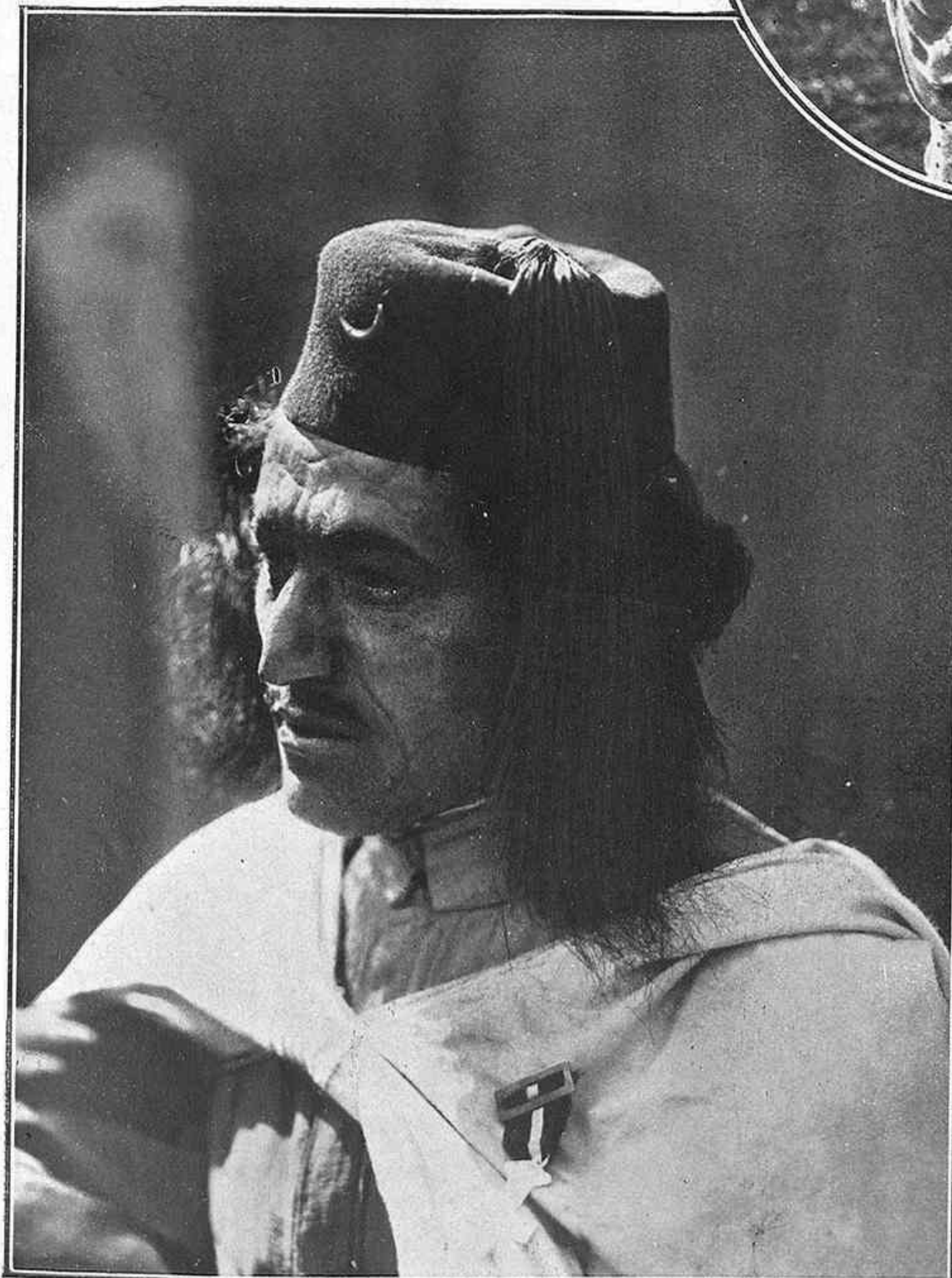
El faro de Corbiere (Jersey), cuadro de José Gartner de la Peña, pintor premiado con varias medallas y diplomas en exposiciones nacionales y extranjeras (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1915.)



Moro negro, cabo de gastadores del tabor de Alhucemas, que se distinguió por su valor en los combates del río Kert.



Mora casada con un askari del tabor de Alhucemas que presta servicios en Melilla



Soldado blanco del tabor de Alhucemas que se distinguió por su valor en los combates del río Kert. - Niña mora llevando a la espalda su hermanito. - El caíd Vitali, célebre guerrero del sultán que peleó siempre al lado de España y hoy es oficial del tabor de Alhucemas

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En Bélgica y en Francia no ha habido operaciones importantes, y en la mayor parte del frente la lucha se ha reducido a duelos de artillería, combates con bombas de mano, explosiones de minas y bombardeos por aeroplano. De los partes de los aliados entresacamos como más salientes las siguientes noticias: los ingleses confiesan haber perdido una extensión de 500 metros de la primera línea de trincheras al Norte y al Sur de Hooge, habiendo, dos días después, recuperado una parte de ella; los franceses han rechazado varios ataques en las inmediaciones de Souchez (Arrás), en el Argonne, en el bosque de Le Pretre y entre Eparges y la trinchera de Calonne (altos del Mosa); han ocupado la excavación producida por una mina en el Argonne y en la misma zona han perdido una trinchera, que en parte han recobrado, y han tomado un elemento de trinchera en el camino de Ablain, al Norte de Arrás; y en los Vosgos han ocupado una colina, dos blocaos al Este de Lindenkopf, un nuevo grupo de casas en Ban de Sapt y algunas trincheras en las alturas de Schratzenmaenele y Barrenkopf, han completado la conquista de las alturas que dominan el valle principal del Fecht y han rechazado en varios puntos los ataques de los alemanes.

Los alemanes dicen que han ocupado varias posiciones en Hooge y algunas trincheras en el Argonne; que han recupera-

do varias trincheras que habían perdido en Lindenkopf; que conservan en su poder la posición de Barrenkopf y que han rechazado todos los ataques del enemigo en Hooge, en Souchez, en el bosque

de Le Pretre y en el frente Schratzenmaenele-Barrenkopf.

Teatro de la guerra de Oriente. — Continúan en las mismas condiciones que indicábamos en nuestra crónica anterior el avance de los austroalemanes y la retirada de los rusos, que oponen a aquéllos una tenaz resistencia, defendiendo el terreno palmo a palmo. Siguiendo la línea de Norte a Sur, veamos los progresos de los austroalemanes: han tomado varias posiciones rusas al Nordeste de Suwalki, al Oeste del Wieprz, entre el Vístula superior y el Bug, y al Sudeste de Sokal, y las poblaciones de Mitau, Goworowo, Lublin y Cholm; al Norte de Lomza han llegado al Narew; han atravesado el Vístula por varios puntos, al Noroeste de Iwangorod, prosiguiendo su avance hacia el Este; han cruzado el Bug al Sudeste de Wladimir Wolynski; y en todas partes han rechazado los ataques del enemigo, obligando a éste a evacuar las posiciones en toda la línea entre el Vístula y el Bug.

Las noticias oficiales rusas consignan algunos éxitos parciales, como el de haber contenido en unos puntos la ofensiva de los alemanes y rechazado los ataques de éstos en otros; pero en general reconocen el avance de los enemigos, afirmando que las fuerzas moscovitas, perfectamente defendidas por la retaguardia, se repliegan ordenadamente a nuevas líneas de posiciones que permitirán al ejército prepararse para una nueva ofensiva.

Un diario londinense, haciéndose eco de impresiones oficiosas de Petro-



El rey Víctor Manuel III de Italia (1) y el conde de Turín (2) en el teatro de operaciones de Austria después de haber revistado las tropas en la línea de batalla. (De fotografía.)

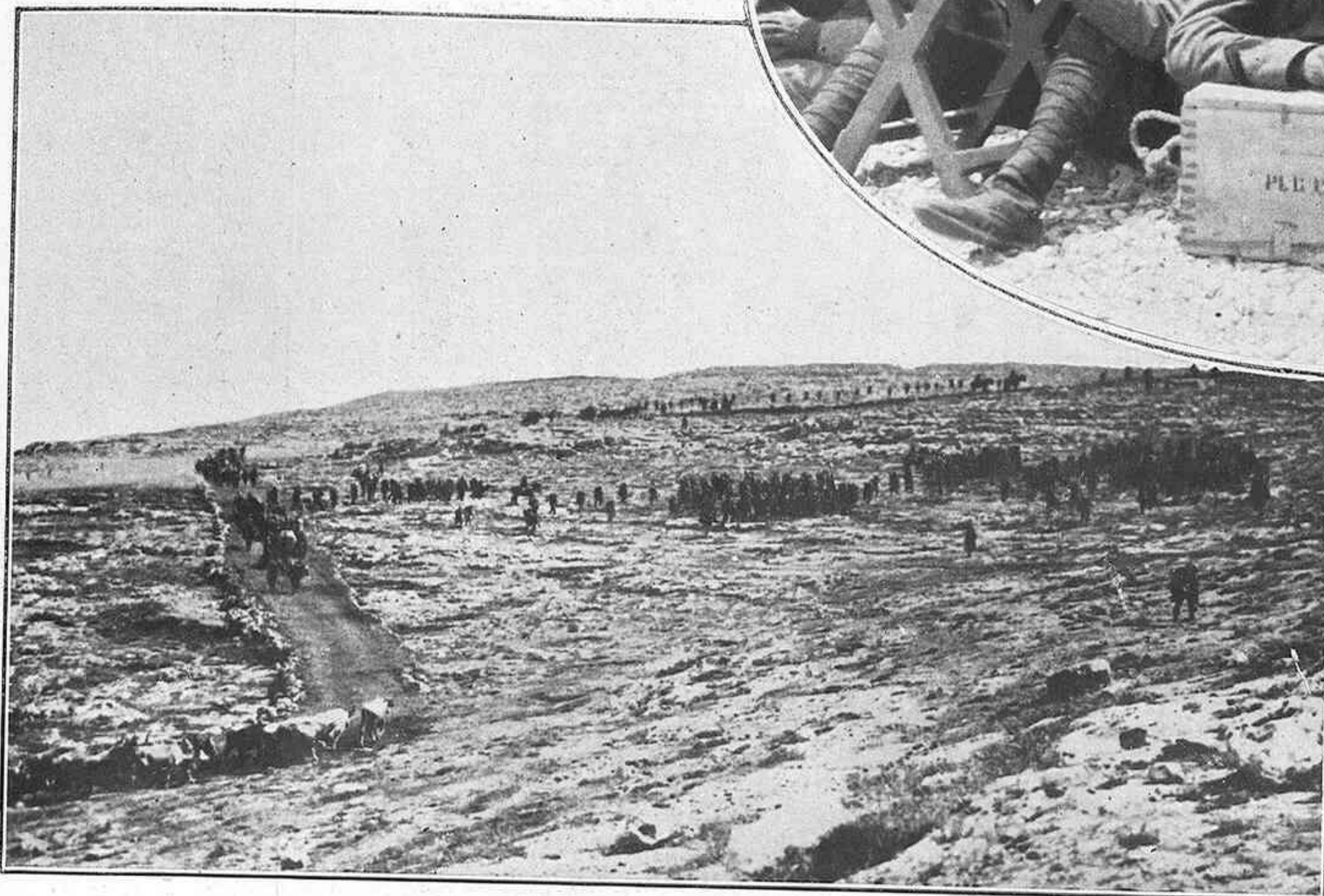


El emperador Guillermo II de Alemania y el general Mackensen (x) en el teatro de operaciones de Galizia. (De fotografía.)

grado, dice: «No obstante el éxito obtenido por el gran duque al detener el avance de los austroalemanes por tres sitios en Varsovia y en sus líneas férreas, puede afirmarse que existen razones para abandonar casi inmediatamente el saliente de Polonia. El enemigo sigue sufriendo grandes pérdidas tanto en el frente del Narew como en la línea Lublin-Cholm; pero sus provisiones de fusiles y municiones son tales, al parecer, que más tarde o más temprano podrán forzar el paso hacia delante aun a costa de terribles pérdidas. Por esta razón se han hecho todos los preparativos para efectuar una retirada ordenada que permita quedar intactas a las fuerzas rusas y sin romper su frente, y de este modo puede esperarse durante algún tiempo una nueva serie de acciones a retaguardia que producirán a los alema-



Una sala de escritura improvisada en la línea de batalla
(De fotografías de Argus.)



Los italianos en Austria. - Columna de refuerzo avanzando por la región cársica (valle del Isonzo)

nes tan grandes daños como los que ya les han producido hasta ahora.»

nes de Forcella y Pizzo oriental y han rechazado varios ataques contra el monte Freikofel. En el Isonzo, han tomado en Monte Nero importantes posiciones que impedían proseguir eficazmente las operaciones en el sector de Plava; han conquistado la posición de San Miguel y la del monte Raigusi; han ocupado varias trincheras en el monte Carso, avanzando hasta la segunda línea de defensa del enemigo; han destruido casi todas las baterías austriacas de la muralla de Carso, y todas las de Doberdo y monte San Miguel; y han llegado, en su movimiento de avance, a doce kilóme-



Oficiales de infantería de marina francesa platicando en su cabaña construída en la línea de batalla.

Italianos y austriacos. - En el Tirol y en el Tréntino, los italianos sólo hablan de haber rechazado algunos ataques en la orilla occidental del lago de Garda, en el valle de Camonica, en la zona de Livinallonga y en Cadora, y de haber progresado en el valle de Cordevole. En Carnia, han tomado algunas trincheras en Pal Piccolo y el monte Medetta, han desalojado a los austriacos de las posicio-

tros de Tolmino y a cuatro de Goritza. Además han ocupado la isla de Pelagosa y rechazado un ataque que contra ésta intentaron los austriacos.

Los austriacos afirman que han rechazado varios ataques contra Pal Piccolo, contra la meseta de Doberdo, Sagrado, Redipuglia y Goritza, y dicen que la segunda batalla empeñada en las inmediaciones de esta última ciudad ha terminado con un fracaso completo de los italianos, quienes han sufrido pérdidas inmensas.

Añaden que un destacamento efectuó un reconocimiento en la isla Pelagosa, cuya estación radiotelegráfica fué destruída por algunos torpederos, y que después de haberlo efectuado, causando numerosas bajas al enemigo, volvió a embarcarse.

Un crucero y cuatro torpederos austriacos han bombardeado con éxito algunos puntos de la línea del ferrocarril del litoral del Adriático, entre Senigaglia y Pesaro, destruyendo almacenes, depósitos y material. Al mismo tiempo, varios aeroplanos arrojaron bombas sobre la estación, cuarteles y edificios militares de Ancona, produciendo algunos incendios.

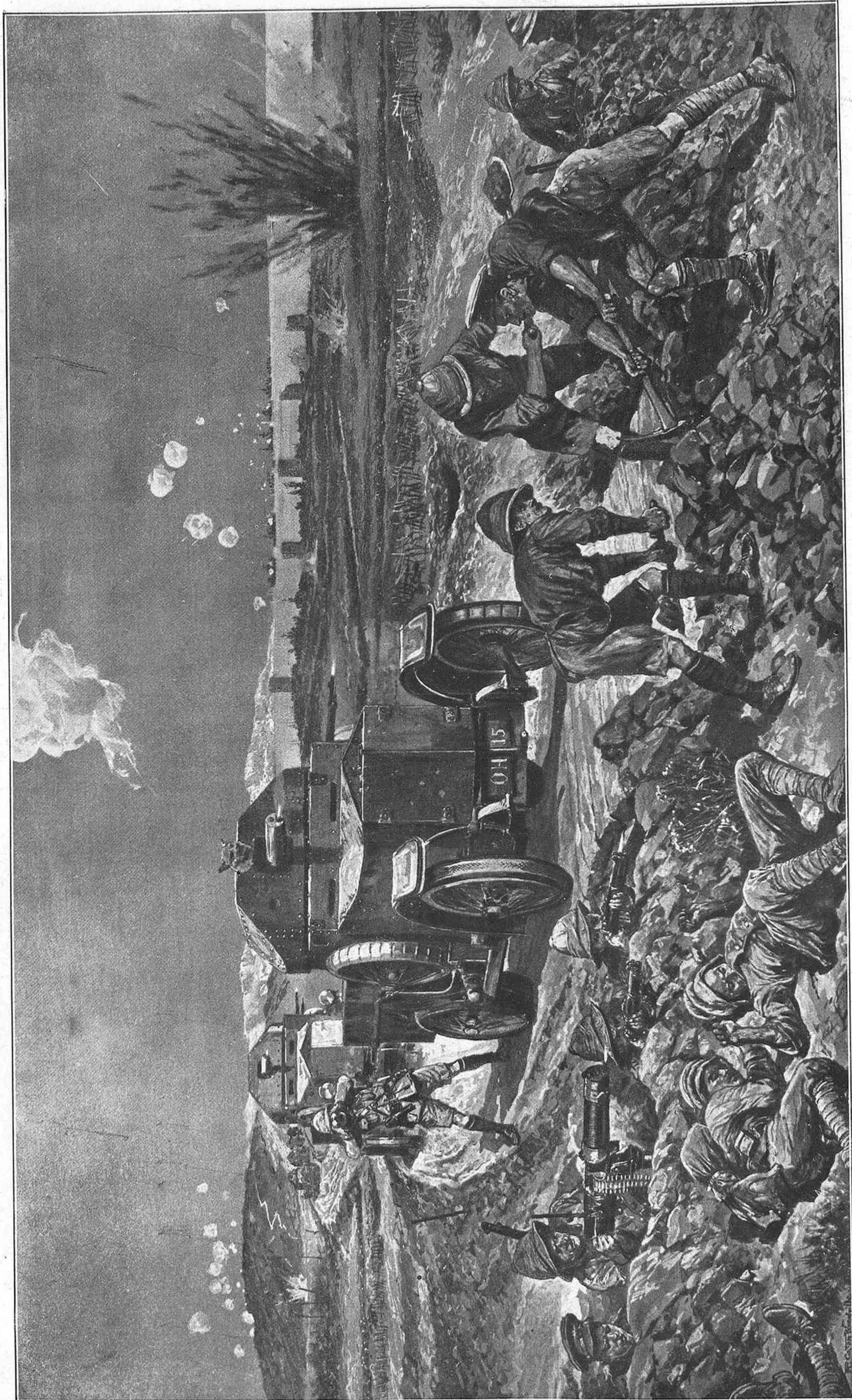
En los Dardanelos. - No ha habido operaciones de importancia. Los aliados dicen que su ala derecha ha avanzado algo y que sus aviadores han bombardeado un campo de aviación turco situado al Norte de Chanak.

El submarino francés *Mariotte* ha sido echado a pique; la tripulación cayó prisionera de los turcos.



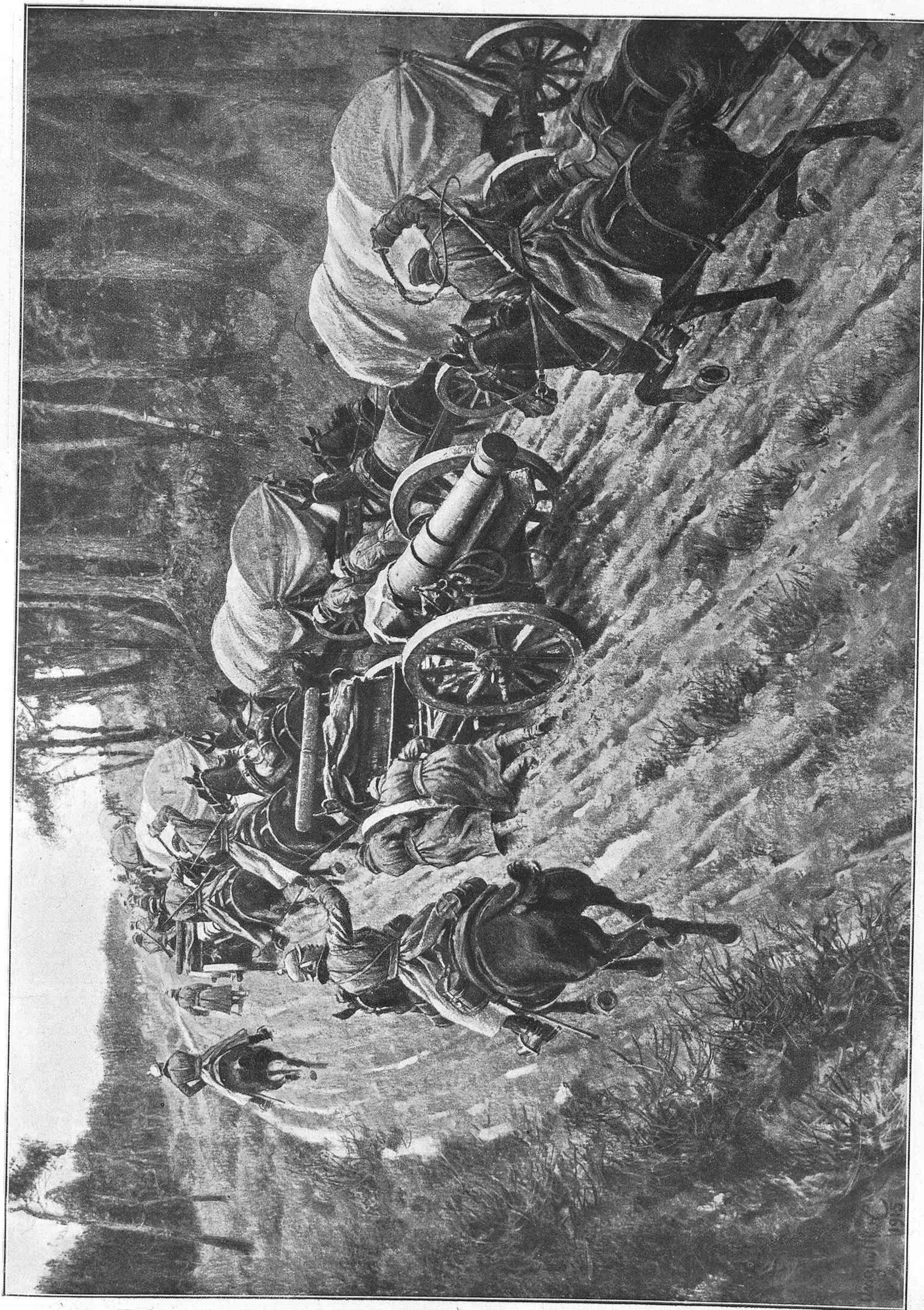
La infantería de marina francesa en Flandes. - Columna dirigiéndose a las trincheras. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)

LA GUERRA EUROPEA. - LOS ALIADOS EN LA PENÍNSULA DE GALÍPOLI

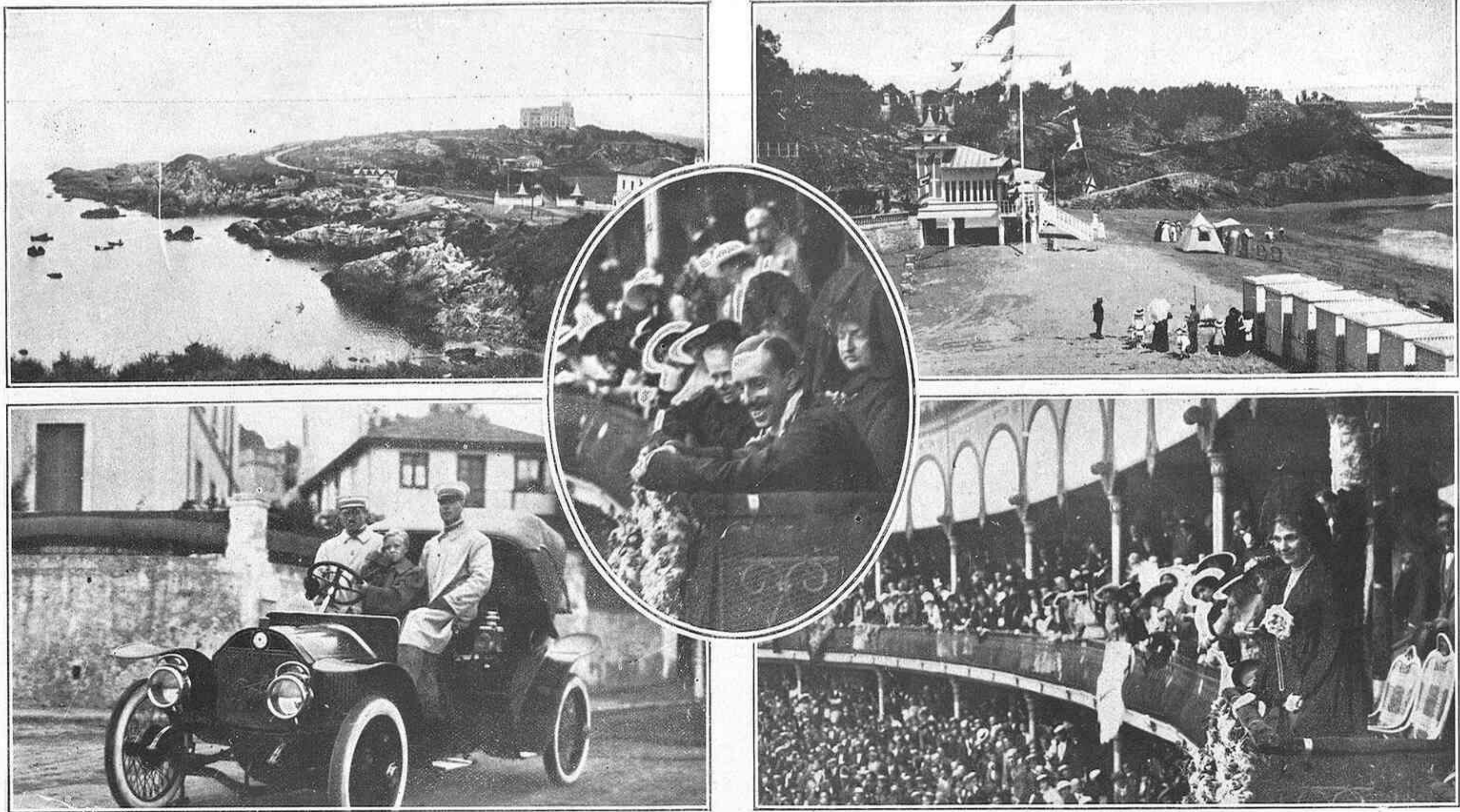


Carros blindados del ejército inglés avanzando al través de las trincheras para llegar hasta la línea de fuego de los turcos en donde entrarán en acción sus ametralladoras
Dibujo de R. Catón Woodville sobre croquis tomados por un testigo presencial. (Reproducción autorizada.)

LA GUERRA EUROPEA. - EN EL CAMPO DE BATALLA DE OCCIDENTE



Conducción de una batería de artillería pesada a lo alto de un monte. Dibujo del natural del profesor Hugo Ungewitter. (Reproducción autorizada.)



Santander. - Vista de la Magdalena, residencia de la familia Real. - La playa del Sardinero; en el fondo la Caseta Real (vista tomada a la hora del baño de SS. AA. los hijos de SS. MM). - S. M. el Rey en el palco regio de la plaza de toros. - S. A. R. el Príncipe de Asturias conduciendo el automóvil en donde van S. M. la Reina D.^a Victoria y S. A. la Infanta D.^a Isabel. - S. M. la Reina D.^a Victoria en el palco regio de la plaza de toros saludando al público. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA FAMILIA REAL EN SANTANDER

En la magnífica posesión Real de «La Magdalena» veranean actualmente SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria y sus augustos hijos, haciendo allí verdadera vida de campo y de playa, pues por causa de la guerra se han suprimido este año las fiestas oficiales. Los infantes se bañan en el Sardinero, en donde se ha instalado para ellos una caseta especial, y SS. MM. distribuyen el tiempo entre paseos campesinos y marítimos, recepciones íntimas y algunos espectáculos y otras distracciones, siendo en todas partes objeto de las más entusiastas y cordiales manifestaciones de respeto y cariño.

VALENCIA. - LA BATALLA DE FLORES

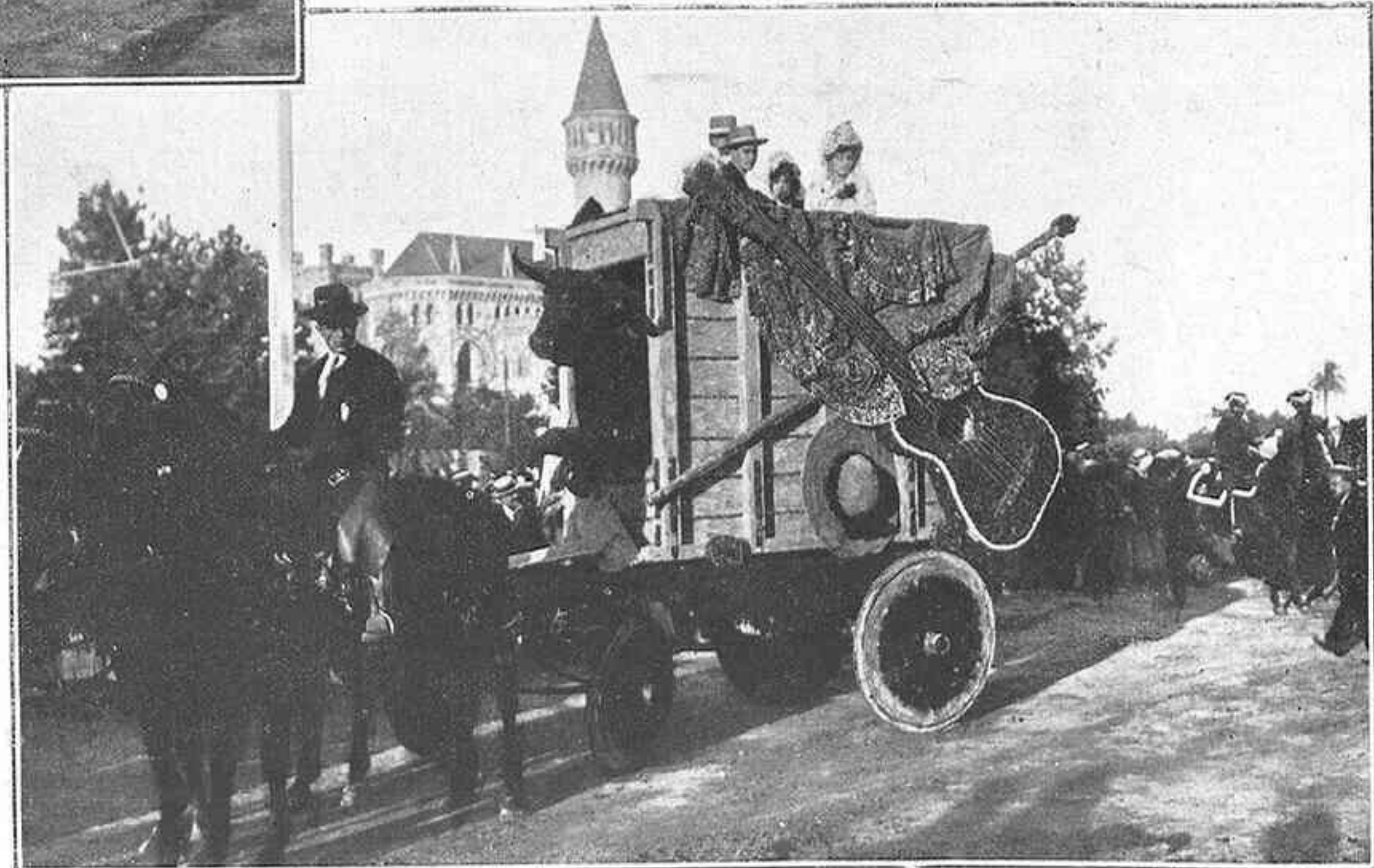
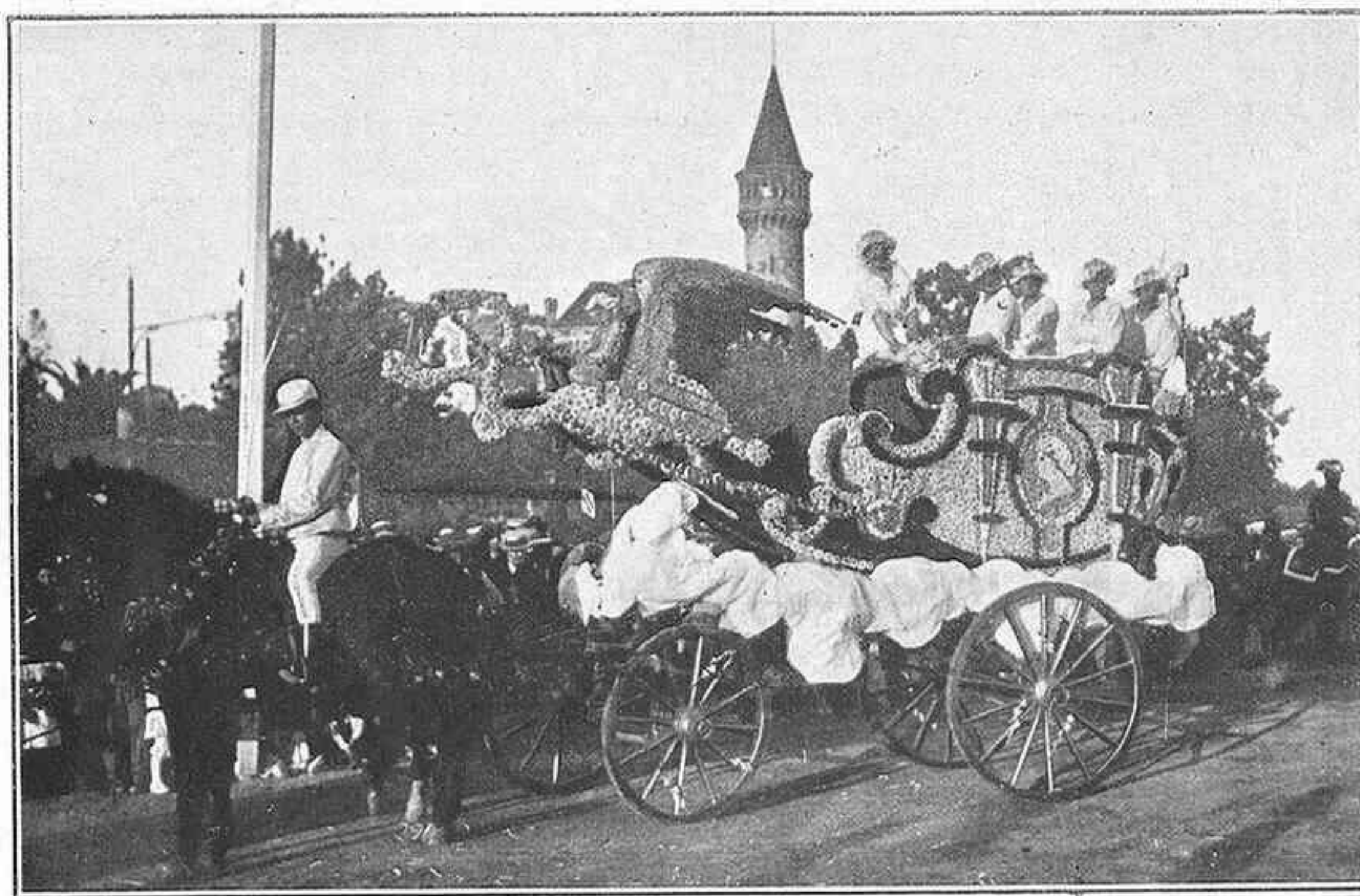
Entre los festejos celebrados en Valencia con motivo de la feria ha sobresalido como de costumbre la batalla de flores. Tomaron parte en ella treinta y dos coches, todos artísticamente adornados con profusión de flores, las más exquisitas y variadas.

El primer premio, de S. A. la Infanta D.^a Isabel, lo obtuvo el *Trinco* del alcalde Sr. Maestre, confeccionado según boceto de D. Julio Cebrián y D. José Renau, y en el cual iban las señoritas Valier, Maestre y Lapeyre y la señora Medeviela de Maestre.

La Fama, del Ateneo Mercantil, alcanzó el segundo premio, de S. A. el infante D. Fernando; el boceto era de don Amadeo Desfilis. Tripulaban este coche las señoritas Beau y Araniez.

El premio del Presidente de la Diputación fué adjudicado a *Hora de batalla*, presentado por D. Amadeo Desfilis y tripulado por las señoritas Pepita y Erenia Rodríguez y Pepita y Paquita Bohorques.

Obtuvo el premio del barón de Cortés *La desencajonada*, confeccionado bajo la dirección de D. Enrique Ginesta. Iban en este coche los hermanos Amparo, Lolita, Paco y Nicolás Lapeyre.



Valencia. La batalla de flores. - Coche del alcalde Sr. Maestre, que obtuvo el primer premio. - Coche del Ateneo Mercantil, que obtuvo el segundo premio. - Coche presentado por el Sr. Desfilis, que obtuvo el premio del Presidente de la Diputación. - Coche presentado por el Sr. Ginesta, que obtuvo el premio del barón de Cortés. (Fots. de V. Barberá Masip.)

MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

VI

- Al separarme de ti, me he dirigido hacia el Mamelon Vert; no porque me guste el espectáculo de esas aglomeraciones mundanas en que la gente marcha como en el desfile de una procesión, sino porque opino que, de viaje, debe verse todo... Por lo demás, su paseo es inferior a su reputación; carece de árboles y no vale los trebolillos de la Querencia de Villotte. Pero el caso es que he marchado al paso del gentío como un bobalicón y he llegado con dificultad a la glorieta donde una orquesta tocaba valses. La música me fastidia, e iba a largarme, cuando, en el círculo de los que la escuchaban, he visto a nuestra vecina de mesa. Me ha reconocido, nos hemos saludado y bravamente, aprovechando una silla desocupada, he pedido permiso para sentarme a su lado, lo cual me ha sido concedido con una graciosa sonrisa. Me he sentado, pues, junto a esta amable persona... Te confieso que no hemos escuchado mucho la música; en cambio, hemos cambiado ampliamente nuestras ideas... Chico, es una criatura deliciosa. De una rara seducción no solamente por lo que toca a su físico, sino que también desde el punto de vista intelectual. Graciosa, chispeante de ingenio, distinguida, instruida, es una mujer del mejor tono; lo cual no es extraño, pues pertenece a la alta sociedad. Ha venido aquí para combatir una afección que tiene en la garganta, pero ha vivido mucho tiempo en Londres donde su difunto marido era agregado de embajada...

- ¿Te ha dicho su nombre?

- Sí; se llama Herminia de Val-Clavín...

- ¡Hum!.. El nombre es campestre y muy caprichoso.

- ¿A qué viene menear la cabeza con tu sonrisita? ¿Qué encuentras de risible en esto?

- Nada... Únicamente temo que este nombre pintoresco perrenezca más bien al *demi-monde* que al gran mundo.

- ¿Tú qué sabes?..

Vosotros, los escritores, os reís y dudáis de todo... El nombre es perfectamente auténtico... Figura en el *Paris-High-Life*.

- ¡Oh!, entonces... no digo nada... Pero lo que me extraña es que tú, tan escéptico en materia de sentimiento, te hayas dejado cautivar tan pronto por los encantos de una desconocida encontrada en una mesa redonda de segundo orden.

- ¡Anda, suelta tu veneno!, replica Florencio mortificado; a fe, diríase que estás celoso de mi agradable aventura.

- Al contrario, te felicito por ella... Hago constar simplemente que la dama te ha engatusado, y que te muestras muy sensible a sus atractivos.

- Confieso que me ha gustado, declara con fatuidad, y que el placer ha sido recíproco. Al cabo de una hora de íntima conversación, éramos buenos amigos; hemos vuelto de bracete, y la he acompañado hasta su domicilio.

- En una palabra, le has pedido permiso para subir a su casa...

- ¡No!, interrumpe Florencio Garaudel; no me hubiera permitido semejante inconveniencia. ¿No te he dicho, burlón, que la señora de Val-Clavín es una gran dama respetable y de una corrección perfecta?.. No, me despedí en la puerta; pero antes de separarnos, he obtenido una cita para mañana. Al pronto, vacilé un poco... Está sola y obligada a guardar mucha reserva; pero he insistido cortésmente y ella ha acabado por aceptar... Iremos a almorzar juntos a la orilla del lago Gaube... ¡Y nada más!, añade Florencio dando un tranco por encima de la silla y acariciándose la barba... Buenas noches; ya es tarde; debo levantarme muy de mañana y voy a acostarme...

-- ¡Buenas noches, tío feliz!

Me retiro a mi tugurio, y como estoy cansado, no tardo en dormirme.

Al despertar, a la mañana siguiente, observo que es tarde.

Mientras me lavo y me visto, me extraña no oír ruido alguno en la habitación de Florencio. Entreabro suavemente la puerta de comunicación... No hay nadie...

Mi tío ha marchado después de haber tomado su desayuno, como lo atestigua una taza en el fondo de la cual se espesan algunas gotas de chocolate.

Sin embargo, no



y la mano sobre el caballo, dejando flotar las riendas

es verosímil que esté ya en camino del lago de Gaube; la señora de Val-Clavín no debe ser tan madrugadora. Además, la pica y las polainas amarillas descansan todavía en un rincón.

Indudablemente, mi tío habrá ido a alquilar caballos...

En efecto, a cosa de las nueve, se oye en la escalera un paso precipitado, la puerta es bruscamente empujada y aparece Florencio Garaudel.

Pero un Florencio transformado, adonisado, acicalado, con la barba peinada en forma de abanico, y el ojal adornado con una rosa Jacqueminot.

Se ha puesto su chaqué número uno y su chaleco amarillo; toda su persona embalsama como una primavera...

Le admiro y exclamo:

- ¡Hola, tío, qué guapo!.. Te has hecho rizar el pelo, y hueles a tuberosa...

- No huelo a tuberosa, sino a *Bouquet Largillière*, replica con un tono de currutaco. Es el perfume de moda, al menos así lo asegura el peluquero que me ha vendido un frasquito a peso de oro... Huelo esto... ¿Es balsámico o no?

- Embriagador... Diríase que has saqueado algu-

na perfumería... ¿Entonces vuestra excursión al lago de Gaube va de veras?

- Naturalmente... Los caballos estarán a las diez delante del establecimiento de la Raillière... Entre nosotros, esta excursión ecuestre echa un poco a perder la alegría de mi jornada. No he practicado mucho la equitación; no sé cómo saldré del paso y temo ponerme en ridículo...

- No, estos caballitos pirenaicos son seguros... No tienes más que dejarte llevar... Guárdate sobre todo de querer guiar al animal...

- No temas... Bastante tendré que hacer con aguantarme en la silla... A ver, ten la bondad... Ayúdame a abrochar mis polainas.

Obedezco dócilmente.

Agradecido al servicio prestado, Florencio me estrecha la mano:

- ¡Gracias!.. Hasta la noche, sin duda... En todo caso, si no tienes ningún proyecto, sube esta tarde hasta el Puente de España y nos verás pasar a la vuelta.

Pone en el «nos verás pasar» una entonación de cándida gloria y una pompa que son todo un poema.

Me envía una postrer sonrisa de triunfo y baja rápidamente la escalera.

Me asomo a la ventana y le veo andar por medio de la calle, con el sombrero ladeado y el látigo español en la mano. ¡Demonio de hombre!.. Tengo ganas de saber cómo acabará su elegante cabalgata. No dejaré de ir esta tarde al Puente de España para asistir al regreso de Florencio.

Son cerca de las dos cuando empiezo a escalar el abrupto sendero del valle de Marcadau.

En el fondo, entre dos muros de rocas amarillas y negras, agrietadas y dentelladas, el torrente borbota y muge.

Este desfiladero es de una aspereza espantosa. Por él baja lentamente una neblina gris, mientras que en húmedas y tenebrosas profundidades el torrente salta a cada instante y forma tumultuosas cascadas.

A cosa de las cuatro, llego por fin al Puente de España, rudimentaria pasarela de troncos de pino echada sobre un abismo en que se precipitan con estrépito los torrentes de Gaube y de Marcadau.

Otra cascada, pero deslumbradora.

A esta altura, la niebla se ha enrarecido y puedo contemplar el maravilloso espectáculo de estas aguas azuladas, que blanquean poco a poco, chocan, se dividen, saltan, se enredan y bajan luego en sábanas, en espumas dispersas, en fajas irisadas, en lluvias de perlas lechosas...

Las inmediaciones se hallan impregnadas de un luminoso rocío; los matorrales, los altos helechos, los asperuelas gigantes se doblan bajo esta fresca bendición del agua.

Penetro en la musgosa caseta en que se halla instalada una cantina.

Entro en reacción con un *grog*, enciendo un cigarrillo, y, sentado, no lejos del puente, en un bloque de granito, escudriño con la mirada el sendero que se pierde entre los pinos.

Me pregunto si no verá surgir pronto la divertida silueta de Florencio, cabalgando al lado de la misteriosa Herminia de Val-Clavín, que, al igual de las ondinas de la leyenda, ha arrastrado a mi tío hacia las pérfidas aguas del lago de Gaube.

Pienso en la extraña palinodia del exdroguista tan rebelde hasta entonces al culto del eterno femenino; trato de explicarme cómo Florencio Garaudel, hombre juicioso, prosaico y continente, se ha dejado engatusar por los ojos grises y la madura belleza de esa Herminia sospechosa... ¿Es un caso fisiológico? ¿Es uno de esos fenómenos de erotismo espontáneo, que se manifiestan en algunos quincuagenarios una vez en su vida?

Algo de esto hay en la aventura de Florencio, pero también hay otra cosa.

Como muchos advenedizos, como muchas personas de humilde origen que se han enriquecido, Florencio Garaudel tiene un flaco por los títulos de nobleza y por las frecuentaciones aristocráticas.

Provinciano de poca experiencia, ha tomado a la señora Val-Clavín por una mujer de la alta sociedad y las atenciones de la dama le han halagado. Está

deslumbrado y alocado por la esperanza de hacer su conquista.

Tratando de analizar los móviles que han determinado a mi tío a enamorarse súbitamente de su vecina de mesa, examino los grupos de jinetes y amazonas que vuelven del lago y atraviesan el puente: no veo más que caras desconocidas para mí. Los látigos chasquean, las chaquetas grises y



Sin embargo, llegaron sin accidente al lago con la cabeza tristemente inclinada sobre su chaleco amarillo y la mano sobre el caballo, dejando flotar las riendas.

Le llamo, levanta la frente y muestra un rostro confuso.

— ¡Ah!, ¿eres tú?, gruñe el hombre; espera, voy a apear-me... Estoy harto de cabalgar a merced de este animal caprichoso.

En efecto, se apea, saca su portamonedas y yo cojo algunas palabras de una discusión bastante agria con el guía, el cual, una vez pagado, se marcha indolentemente por el sendero fumando un cigarrillo.

Mi tío se me acerca con aire preocupado sin guardar de su equipaje más que un látigo español guardado de madroños amarillos y rojos.

— ¡Gracias a Dios!., suspira mi hombre; me alegro de pisar tierra firme en vez de ser zarandeado sobre los abismos.

— ¡Y bien!, ¿qué has hecho de tu compañera de excursión?

Hace una mueca vaga y murmura brevemente:

— La he dejado con unos amigos que encontré en el mesón del lago.

Y, como si deseara vivamente cambiar de conversación, añadió:

— ¡Maldita niebla!, bajemos de prisa, porque dentro de poco no veremos gota.

Emprendemos rápidamente la bajada hacia Cauterets: él refunfuñando con voz rabiosa, y yo haciéndole insidiosamente preguntas, a las cuales contesta de mala gana y lo más lacónicamente posible.

He aquí lo que ha pasado arriba, a lo que he podido suponer, según las pocas explicaciones que he podido arrancar a Florencio y los informes obtenidos más tarde:

Florencio Garaudel y la señora de Val-Clavin partieron escoltados por el guía y tomaron en fila el abrupto desfiladero de Marcadau.

Mi tío, que a duras penas conservaba el equilibrio sobre su caballo obstinado en andar al borde del precipicio, estaba demasiado emocionado para conversar tiernamente con su hermosa amiga.

A cada momento se asustaba e interpelaba al guía gritando: «¡Pero hombre, usted nos conduce a la muerte!», lo que parecía divertir locamente a doña Herminia.

Sin embargo, llegaron sin accidente al lago, cuyas aguas duermen dentro de un cerco de rocas pedradas, que dominan en el fondo las nevadas cumbres del Vignemale.

Esperando el almuerzo encargado en el mesón, se han hecho pasear en barca. Como una danza de sílfides, el vuelo de los blancos vapores los rodeaba de misterio.

Por momentos, un pálido rayo de sol planeaba a lo lejos los chorros espumosos de la cascada de Spumouse.

El sitio romántico invitaba a un *flirt*, sentimental.

Florencio pudo pues arrullar a sus anchas. La

dama le estimulaba con miradas indulgentes; así es que cuando volvieron al mesón, mi tío estaba ya muy animado.

Sentados a una mesa, en un ángulo del comedor, saboreaban con apetito el almuerzo.

Garaudel se hacía más elocuente, cuando el trote de una cabalgata resonó fuera, y poco después, un trío de turistas entró sin cumplidos y turbó la íntima conversación de la pareja.

Los recién llegados hablaban alto y hacían gran ruido.

Al verlos, la señora de Val-Clavin pareció visiblemente contrariada.

— Usted dispense, dice a Florencio, levantándose precipitadamente y dirigiéndose a uno de los turistas, un hombre alto y guapo, de patillas rubias, bien trajeado, elegante y simpático a quien ella tendió la mano.

Cuchichearon un buen rato aparte; después de lo cual, la ondulosa Herminia se volvió a Florencio:

— Son amigos de mi difunto marido, murmuró... Hacía tiempo que no nos habíamos visto e insisten en que les acompañe al extremo del lago... Usted dispense, caballero; nos veremos esta noche en el hotel.

Esto dicho, hace una reverencia a Florencio desconcertado y se esquivo del brazo del caballero que lleva patillas a la austriaca.

Después de tan desagradable incidente, mi tío, pensativo y chasqueado, había emprendido con el guía el camino de Cauterets.

La bajada se ha efectuado melancólicamente. El ruido ensordecedor del río y el mal humor de Florencio no daban lugar a que la conversación se animara.

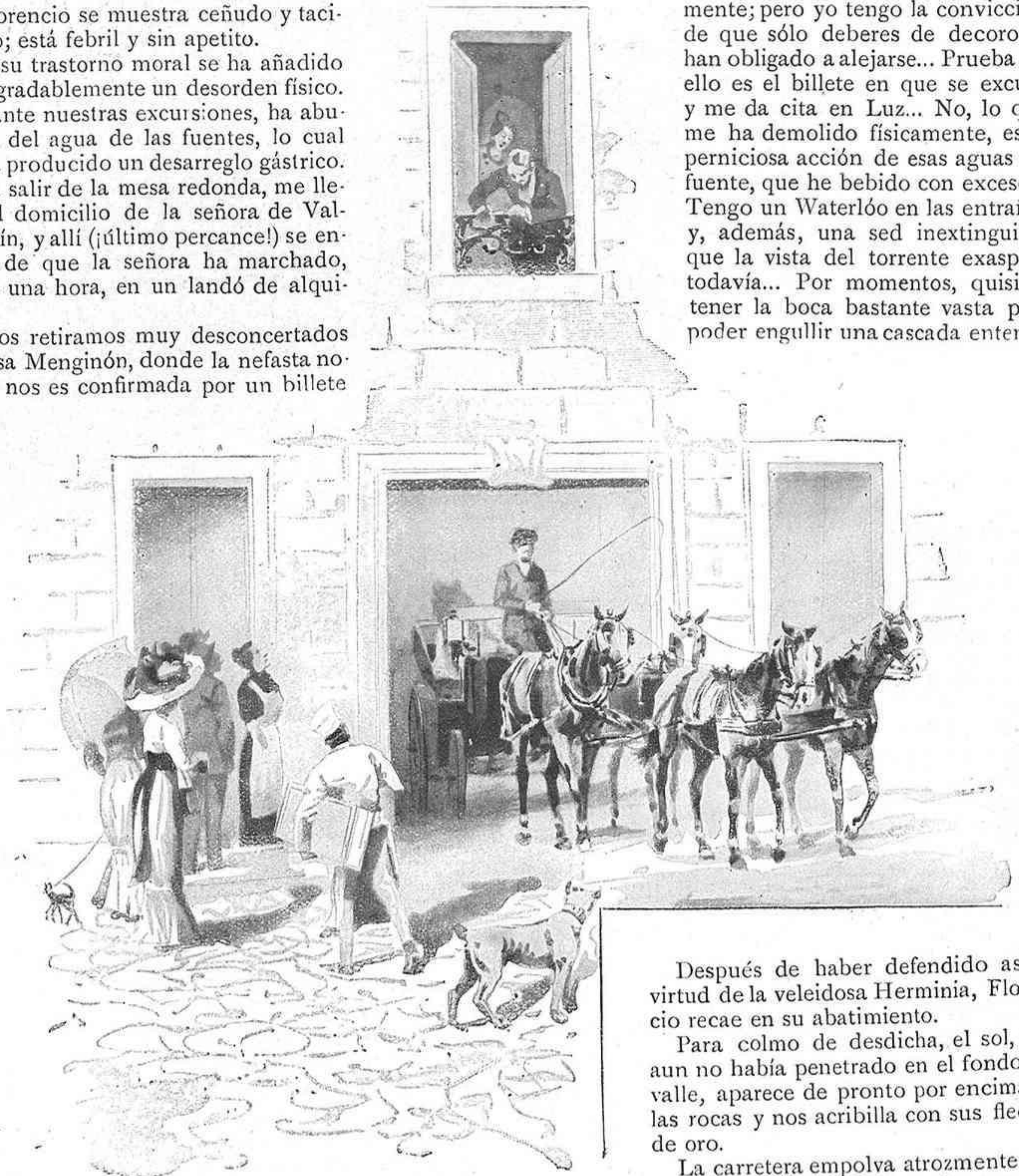
A las siete hemos acudido a la mesa redonda del hotel de los Príncipes, pero en vano hemos esperado a la señora de Val-Clavin. Su puesto ha permanecido desocupado y esta nueva decepción no ha contribuido a serenar a mi tío.

Florencio se muestra ceñudo y taciturno; está febril y sin apetito.

A su trastorno moral se ha añadido desagradablemente un desorden físico. Durante nuestras excursiones, ha abusado del agua de las fuentes, lo cual le ha producido un desarreglo gástrico.

Al salir de la mesa redonda, me lleva al domicilio de la señora de Val-Clavin, y allí (¡último percance!) se entera de que la señora ha marchado, hace una hora, en un landó de alquiler.

Nos retiramos muy desconcertados a casa Menginón, donde la nefasta noticia nos es confirmada por un billete



... y vemos salir de la cochera un landó vacío...

depositado en manos de nuestra huésped y dirigido a Florencio Garaudel:

«Muy señor mío, le escribe la fugitiva Herminia, dispense que le haya dejado tan bruscamente. Asun-

tos urgentes me llaman a Saint-Sauveur... Si, como deseo, tiene usted ganas de visitar el valle de Luz, quizá una feliz casualidad me permitiría encontrarle a usted allí... Mil amistades.»

— Ciertamente que sí, murmura Florencio guardando preciosamente esta breve misiva; ¡adiós, Cauterets!.. Prepara tu maleta; yo voy a arreglar la cuenta con la señora Menginón, y mañana, muy temprano, partiremos... ¡Estoy harto de este triste pueblo de aguas malsanas!

VII

Henos nuevamente camino de Pierrefitte, pero esta vez en una mañana radiosa.

El aire es de una limpidez de cristal; no se ve el más pequeño copo de bruma en las aristas de las rocas; arriba, la cinta de cielo, que ondula entre las cimas resquebrajadas, tiene el azul intenso de las gencianas del lago de Estom.

Sobre el torrente, la carretera salediza serpentea, bañada de sombra.

Los tilos, inclinados hacia el agua y al pie de los cuales se mecen las amarillas espuelas de las balsaminas silvestres, se muestran en todo el brillo de su profusa verdura.

A pesar de esta fresca alegría de la tierra y del cielo, mi tío Florencio lleva una marcha pesada, lánguida y doliente.

Yo atribuyo su depresión a las decepciones y contrariedades de la víspera y trato de consolarle lo mejor que puedo.

— Vamos, tío, afianza las piernas y levanta la cabeza... La gente de Villote no te reconocería si te viera así, alicaído y desalentado por que te abandonó una *cocotte*...

Este epíteto hiere el amor propio de Florencio Garaudel. Como tiene una alta opinión de sí mismo y de su buen gusto, respinga inmediatamente.

— ¡La señora de Val-Clavin no es una *cocotte*!; protesta con acritud; su conducta puede parecer criticable a los que la conocen superficialmente; pero yo tengo la convicción de que sólo deberes de decoro la han obligado a alejarse... Prueba de ello es el billete en que se excusa y me da cita en Luz... No, lo que me ha demolido físicamente, es la pernicioso acción de esas aguas de fuente, que he bebido con exceso... Tengo un Waterlío en las entrañas y, además, una sed inextinguible que la vista del torrente exaspera todavía... Por momentos, quisiera tener la boca bastante vasta para poder engullir una cascada entera.

Después de haber defendido así la virtud de la veleidosa Herminia, Florencio recae en su abatimiento.

Para colmo de desdicha, el sol, que aun no había penetrado en el fondo del valle, aparece de pronto por encima de las rocas y nos acribilla con sus flechas de oro.

La carretera empolva atrocemente; los húmedos polvos de las cascadas son atravesados por los rayos solares y toman colores de arco iris. Un sordo estremecimiento agita los matorrales de la escarpa y una larga culebra verde sale de los zarzales floridos; se arrastra, lenta y ondulosa, por la blanca carreterra y desaparece en

las hierbas de la orilla. A esta aparición inesperada, Florencio se sobresalta, retrocede asustado y da un grito de indignación:

— ¡Ah!.. Sólo faltaba que las serpientes viniesen a coronar la fiesta. ¿Pero esta maldita carretera no acabará nunca?.. Se me figura que en vez de mi morral, llevo a la espalda un quintal de palo del Brasil...

Seramente, mi pobre tío me parece molido, de rengado como se dice vulgarmente.

Hasta le cuesta trabajo tener los ojos abiertos, un sudor frío le moja las sienes y bostezo de tal modo que parece que va a desvencijarse la mandíbula.

Hemos tenido la precaución de confiar nuestras maletas a las Mensajerías, pero hemos conservado nuestros morrales y el calor dobla su peso. Yo me apiado del lamentable Florencio y quiero desembarazarlo de su carga. Desde luego su vanidad se opone y el hombre rehusa:

— ¡No vale la pena! Supongo que ya debemos estar cerca de Pierrefitte...

En la calma del aire abrasado la alegre voz del torrente sube como una carcajada.

No me atrevo a confesar a mi compañero que aun nos queda más de media hora de camino que andar... Me limito a insistir para aligerarlo de su peso; esta vez se deja convencer, y héteme con dos morrales auestas, que equilibrio lo mejor que puedo.

Son las doce, el sol cae verticalmente, y no hay sombra en la carretera. Los dos últimos kilómetros son los más duros de andar, según afirman todos los peatones.

Por último asoma un frontón de iglesia por encima de los castaños y oímos silbar las locomotoras de la estación. Es Pierrefitte.

— ¡Uf!, gime la voz hueca de Florencio... ¡Gracias a Dios!.. No puedo más...

Otro tirón y desembocamos delante de la meseta del hotel, donde somos acogidos por la risueña camarera del pañuelo granate.

Pero esta vez mi tío viene demasiado cansado para tener ganas de galantear. Se deja caer en uno de los sillones de mimbre del vestíbulo y no pía para nada.

— ¿Tienes hambre, tío? — No por cierto, suspira débilmente... Sólo tengo sed.

— Lo mejor que puedes hacer es pedir un cuarto y echarte en la cama después de haber tomado una taza de caldo. Dormirás cuatro o cinco horas y no continuaremos la marcha para Luz hasta el fresco de la tarde.

No tiene fuerza ni aun para discutir mi proposición y sigue penosamente al mozo que lo introduce en un cuarto del primer piso.

El cuarto es bastante limpio y agradable.

Después de haber vigilado la instalación, yo ayudo a Florencio a desvestirse, y bajo luego al comedor, donde me sirven el almuerzo en la terraza, abrigada por un toldo de lona rayada.

Tupidos jazmines enguimaldan las pilastras; una robusta magnolia cargada de flores extiende sus ramas por encima de las columnas, tamiza los rayos del sol e impregna el aire de un fuerte perfume que recuerda el del limón.

La mesa redonda está desierta; los comensales han partido, y yo permanezco a solas con el *lunch* frugal que he pedido. La vivaracha camarera sirve prontamente mi almuerzo; después de haber vertido en la taza el café hirviendo, se esquila a su vez.

Un silencio adormecedor envuelve el hotel y se prolonga fuera, a través de la campiña amodorrada. La estridente canción de las cigarras es lo único que

rasga el aire ardiente. A pesar del café tomado a pequeños sorbos, yo mismo me siento a punto de ceder a una invasora soñolencia.

Mis párpados se cierran ya, y me dispongo a partir para el reino de los sueños, cuando, por entre mis pestañas entornadas, percibo una ligera forma femenina que atraviesa diagonalmente la terraza y se dirige hacia una mesa sobre la cual ha sido olvidado un libro.

Insensiblemente nos hemos acercado a las guirnaldas de jazmines y, recordados en la balastrada delante del pico de Villelongue chorreante de luz, continuamos alegremente nuestra conversación.

— A propósito, repone la señorita Dionisia con una miajilla de burla en la comisura de los labios; ¿qué ha sido de vuestro amigo, el señor de la cáscara de coco?

— ¿Mi tío?.. La etapa de esta mañana le ha cansado... Está durmiendo.

— Mi señorita y su madre están haciendo otro tanto... Como yo no soy dormilona, aprovecho la siesta para respirar más libremente.

— ¿Más libremente?.. ¿Tan sujeta está usted?

— Siempre lo está una más o menos cuando vive en casa ajena.

— La señora Egrefeuil se muestra exigente?

— No, es una excelente persona, sin pizca de maldad. Pero se aburre tan pronto se halla entregada a sí misma y necesita constantemente un alma caritativa que procure distraerla... La señora Egrefeuil está un poco enferma de imaginación; se desalienta fácilmente y en ninguna parte se encuentra bien.

— ¿Y su hija?

— La señorita Sol goza de muy buena salud. Educada a la americana, tiene modales y hábitos muy independientes, aficiones de artista... Le gusta sobre todo divertirse, y cuando no tiene ningún placer en perspectiva para la noche, se pone de mal humor y se queja de haber perdido el día.

La señorita Suzor se interrumpe de pronto y se pone colorada.

— Le estoy contando a usted cosas que no me importan y que no deben interesarle a usted; pero aun estoy tan poco acostumbrada a guardar para mí lo que siento... En mi situación, lo más duro es no poderse confiar a nadie... No me crea usted maldiciente y no tenga demasiada mala opinión de mi carácter.

— De ninguna manera. Le agradezco, al contrario, que me estime digno de ser tratado como amigo y de hablarme con el corazón abierto. Le doy a usted un millón de gracias por ello, y no abusaré de su confianza... ¿Permanecerá usted mucho tiempo en Luz?

— No lo sé... La señora Egrefeuil ha oído hablar muy bien de las aguas termales del establecimiento de Barzun y ha resuelto pasar allí una temporada... Fero es muy voluble y se desilusiona pronto. Por ahora, es cosa resuelta que probaremos los baños y que nos instalaremos en el hotel de los Pirineos, donde el Sr. Egrefeuil ha tomado habitaciones.

Esta noticia me causa una alegría confusa y exclamo:

— Deseo que las aguas de Luz operen milagros, pues mi tío ha escogido ese pueblo como punto de partida de sus excursiones por la montaña y sin duda pasaremos en él algunas semanas. Tendré la dicha de verla a usted allí.

— Por mi cuenta, confiesa ingenuamente la señorita Suzor, me alegraré de que pasemos allí algún tiempo. Lo que ya he visto de los Pirineos me entusiasma y voy de maravilla en maravilla.

Hablando, coge algunas ramitas de jazmín todavía en flor. Cerca de nosotros, las espesas corolas de la magnolia exhalan su penetrante perfume... ¿Es ese aroma estival que ataca la cabeza?.. El caso es que experimento una trastornadora emoción al seguir los suaves movimientos del cuerpo de la muchacha que se asoma para coger las estrelladas florecillas; no me canso de mirar su perfil que se destaca como un pálido medallón sobre el verde obscuro del follaje.

(Se continuará.)



y recordados en la balastrada delante del pico de Villelongue, continuamos alegremente nuestra conversación

Al movimiento instintivo que ejecuto para sacudir este principio de sueño, la esbelta aparición vuelve la cabeza hacia mi lado y, en la penumbra, distingo un rostro de tez mate, iluminado por dos límpidas pupilas negras, que creo reconocer.

Completamente despierto, me levanto vivamente y abro descajadamente los ojos; no me engaño; es Dionisia Suzor, mi hermosa compañera de vagón, que se detiene a pocos pasos de mí.

No me parece muy asombrada de mi brusco sobresalto, y sus rojos labios carnosos esbozan una sonrisa.

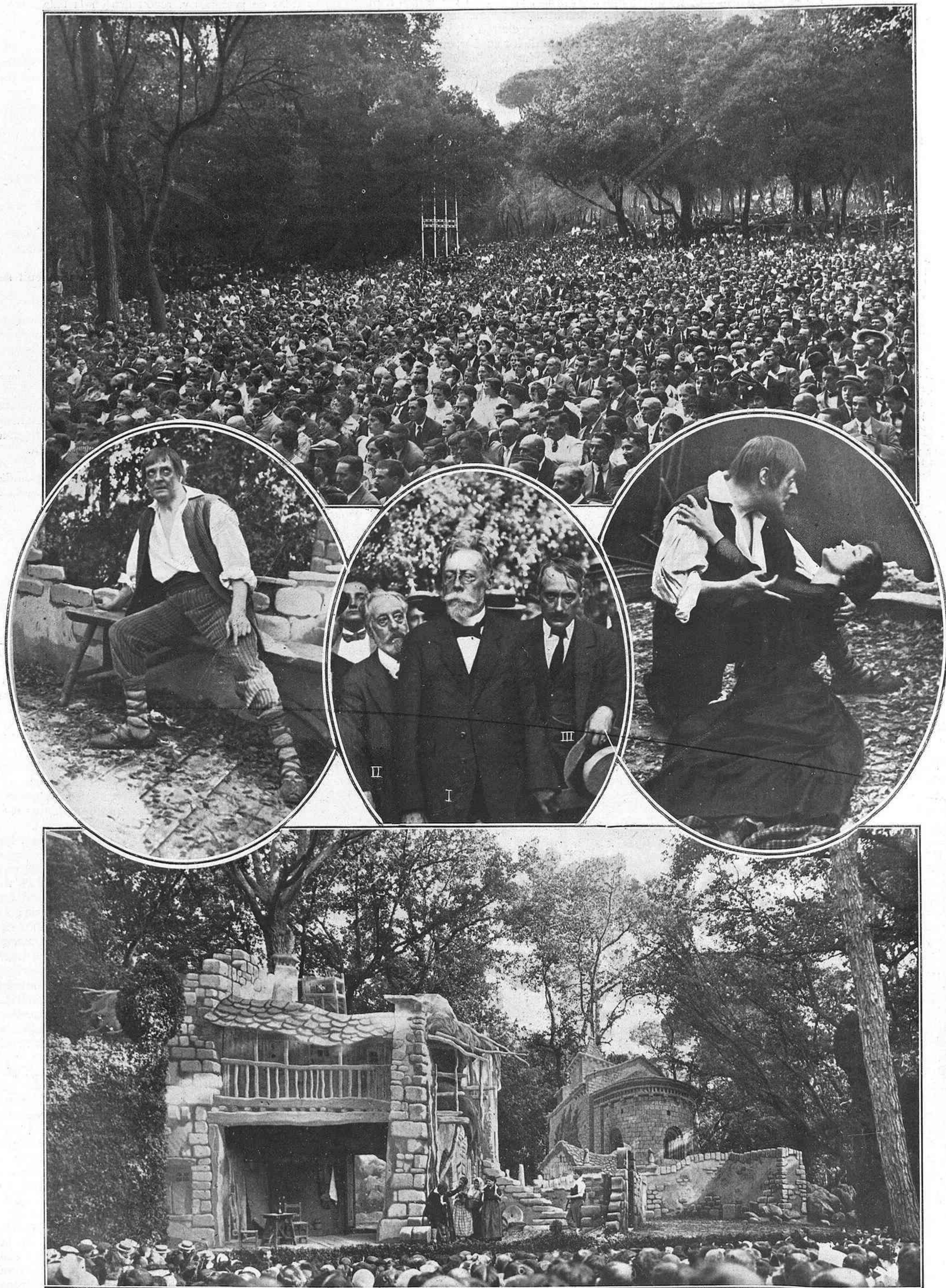
— ¡Cómo! ¿Es usted, señorita?

— Efectivamente, soy yo, caballero.

— ¡Feliz encuentro!.. A fe que no me lo esperaba. La creía a usted en Burdeos, absorbida por sus nuevas funciones... ¿Habita usted en el hotel?

— Por algunas horas tan sólo, y me hallo plenamente en el ejercicio de lo que usted llama «mis funciones», replica riendo; acompaño a mi ama, la señora Egrefeuil, y a su hija en una excursión por los Pirineos. Hemos llegado aquí esta mañana, y volvemos a ponernos en marcha esta tarde; vamos a reunirnos con el señor Egrefeuil padre, que nos espera en Luz.

— ¡En Luz!.. Está visto que la casualidad me favorece. Yo también voy de excursión al valle del Bastan y cuento detenerme en Luz.



El público durante la representación. - Enrique Borrás en el papel de Manelich. - Angel Guimerá (1), autor de *Terra baixa*, y los escenógrafos Sres. Moragas (2) y Alarma (3), directores de la fiesta. - Enrique Borrás y la Srta. Mestres en una escena del tercer acto. - Vista del escenario



Una escena del segundo acto de *Terra baixa*

SABADELL

TEATRO DE NATURALEZA

La representación de *Terra baixa* en el Teatro de Naturaleza de Sabadell constituye un nuevo y grandioso éxito que sumar a los obtenidos por otros espectáculos análogos en distintas localidades de Cataluña. El sitio escogido, la obra puesta en escena, los actores que la representaron y los artistas que la dirigieron, todo contribuyó al mayor esplendor de la fiesta, de la cual guardarán gratísimo recuerdo cuantos tuvieron la suerte de asistir a ella.

El bosque llamado de «Ca'n Feu», próximo a la ciudad de Sabadell, es un paraje delicioso y como pocos adecuado para teatro de naturaleza; la platea, por decirlo así, estaba instalada en un amplio claro, enteramente llano, en el que se habían colocado 4.000 sillas; el escenario hallábase dispuesto en un pequeño altozano rodeado de frondosos árboles, y en un montículo, que se alzaba detrás de la platea, situóse el público de entrada general.

Terra baixa fué la obra elegida y bien puede afirmarse que ninguna mejor para aquel lugar que ese hermoso drama de Guimerá; su ilustre autor lo había adoptado al nuevo medio y con ello ganó considerable vigor la acción dramática, que se desenvuelve entre pastores y payeses y en un ambiente puramente rural, y en la que la intensidad de las pasiones, la rudeza del lenguaje y la violencia de las situaciones parecen exigir como escenario la naturaleza en toda su grandiosidad.

De la interpretación que cupo a la obra sólo elogios y muy entusiastas pueden hacerse. Enrique Borrás, que como nadie ha sabido encarnar la portentosa figura de *Manelich*, estuvo incomparable, sublime; las bellas ingenuidades, las apasionadas ternezas, los arranques de fiera del engañado pastor, expresados en medio de aquel bosque, produjeron un efecto indescriptible. Digno compañero suyo fué Montero, que hizo del papel del viejo *Tomás* una verdadera creación y en algunos momentos rayó a la altura de los actores más afamados. La señorita Mestres interpretó admirablemente el personaje de *Marta*, y lo propio puede decirse de la señorita Morer, que

estuvo acertadísima en el papel de *Nuri*. Las señoras Xatart y Baró, y los Sres. Aymerich, Sirvent, Guitart, Martori, Mercader y Ballart contribuyeron al excelente éxito del conjunto.

La mejor alabanza de la presentación escénica queda hecha sólo con decir que de ella estaban encargados los reputados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma, quienes supieron armonizar maravillosamente los elementos que a su disposición puso la naturaleza con el decorado necesario para el desarrollo del drama, de tal manera que en muchos puntos era difícil reconocer dónde acababa lo natural y comenzaba lo artificioso. La decoración estaba magistralmente dispuesta y la dirección irreprochable, que también corrió a cargo de los expresados señores, ayudó no poco a producir en el público toda la ilusión de la realidad: aquellos payeses que al rayar el alba acudían a oír misa a la pequeña iglesia; los pastores que con sus rebaños de cabras ascendían por los vericuetos del monte; los labradores que cruzaban la escena dirigiéndose a sus labores y otros detalles por el estilo, revelaban a las claras la mano de quienes dominan como maestros todos los recursos de la escenografía.

Para todos hubo muchos y muy entusiastas aplausos durante la representación y al terminar ésta, todos fueron objeto de una ovación estruendosa, viéndose obligados el gran poeta y los eminentes Borrás y Montero a dirigir al público sentidas frases inspiradas en el más ardiente amor a Cataluña y al teatro catalán, que fueron contestadas con entusiastas vivas.

A la representación del Teatro de Naturaleza acudió un gentío enorme, calculándose en más de diez mil el número de personas que concurren a la fiesta, procedentes no sólo de Sabadell, de Tarrasa y de poblaciones inmediatas, sino también de Barcelona, de donde salieron varios trenes llenos de pasajeros.

Angel Guimerá, a su llegada a Sabadell, fué acogido con aclamaciones que le acompañaron durante todo el camino y se convirtieron en ovación estruendosa cuando apareció en el teatro.

Durante todo el día reinó en aquella ciudad una animación extraordinaria.

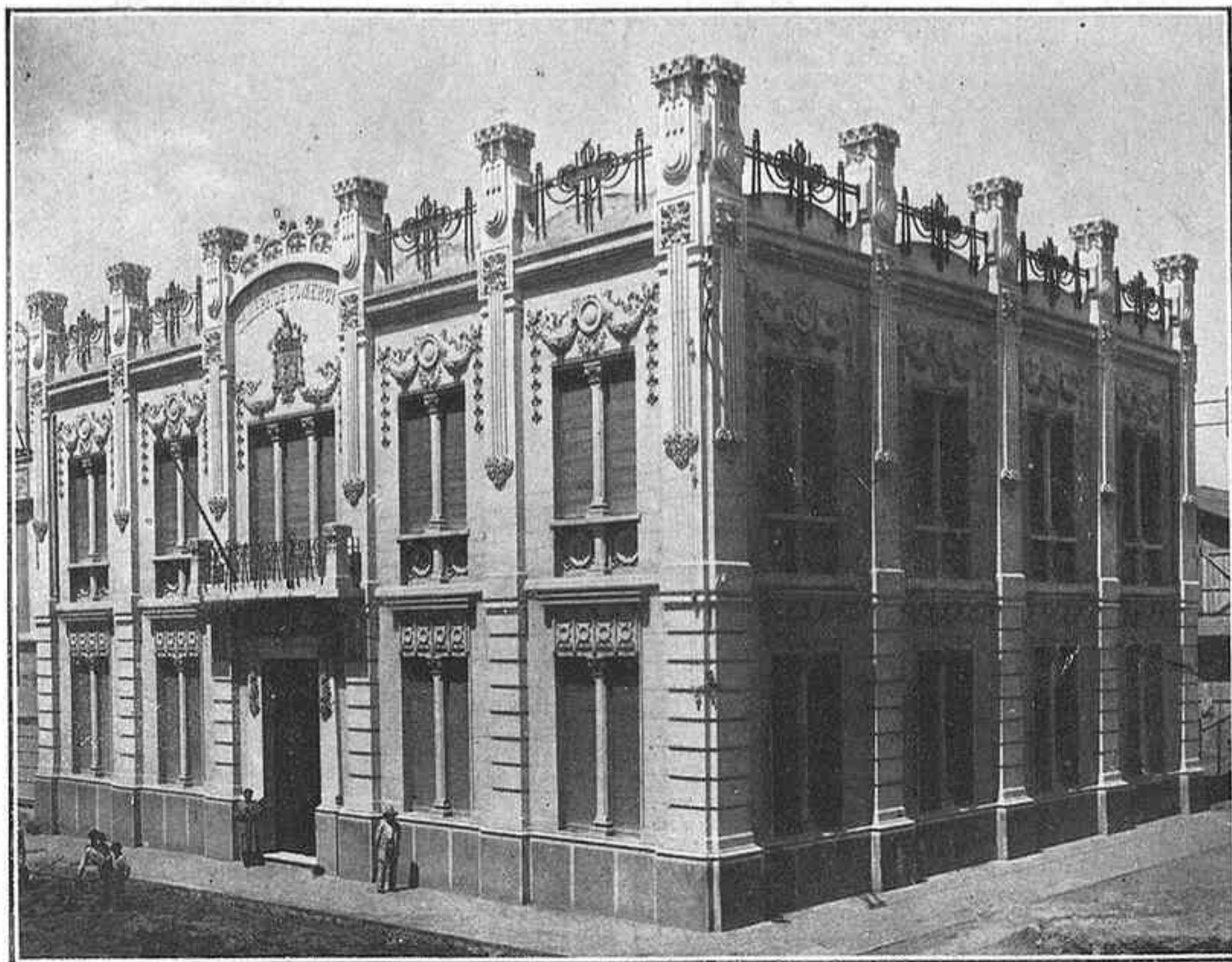
Los antiguos atletas se untaban la piel con aceite.

Los elegantes modernos suavizan la epidermis con jabón

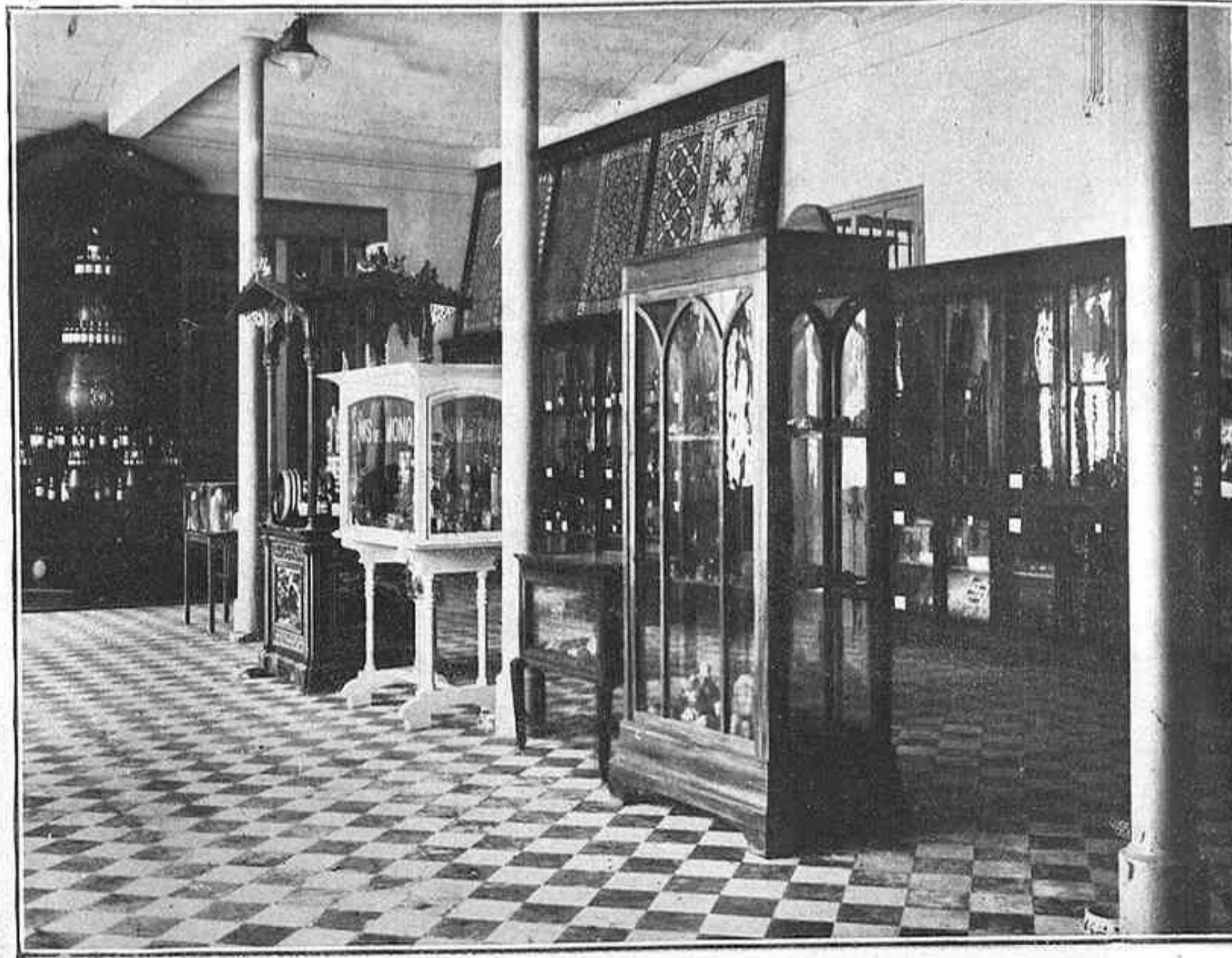
HENO de PRAVIA

A. Ehrmann.

MELILLA. — INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DE LA CÁMARA DE COMERCIO, INDUSTRIA Y NAVEGACIÓN. (Fotografías de Lázaro.)



Vista del nuevo edificio construido para la Cámara de Comercio

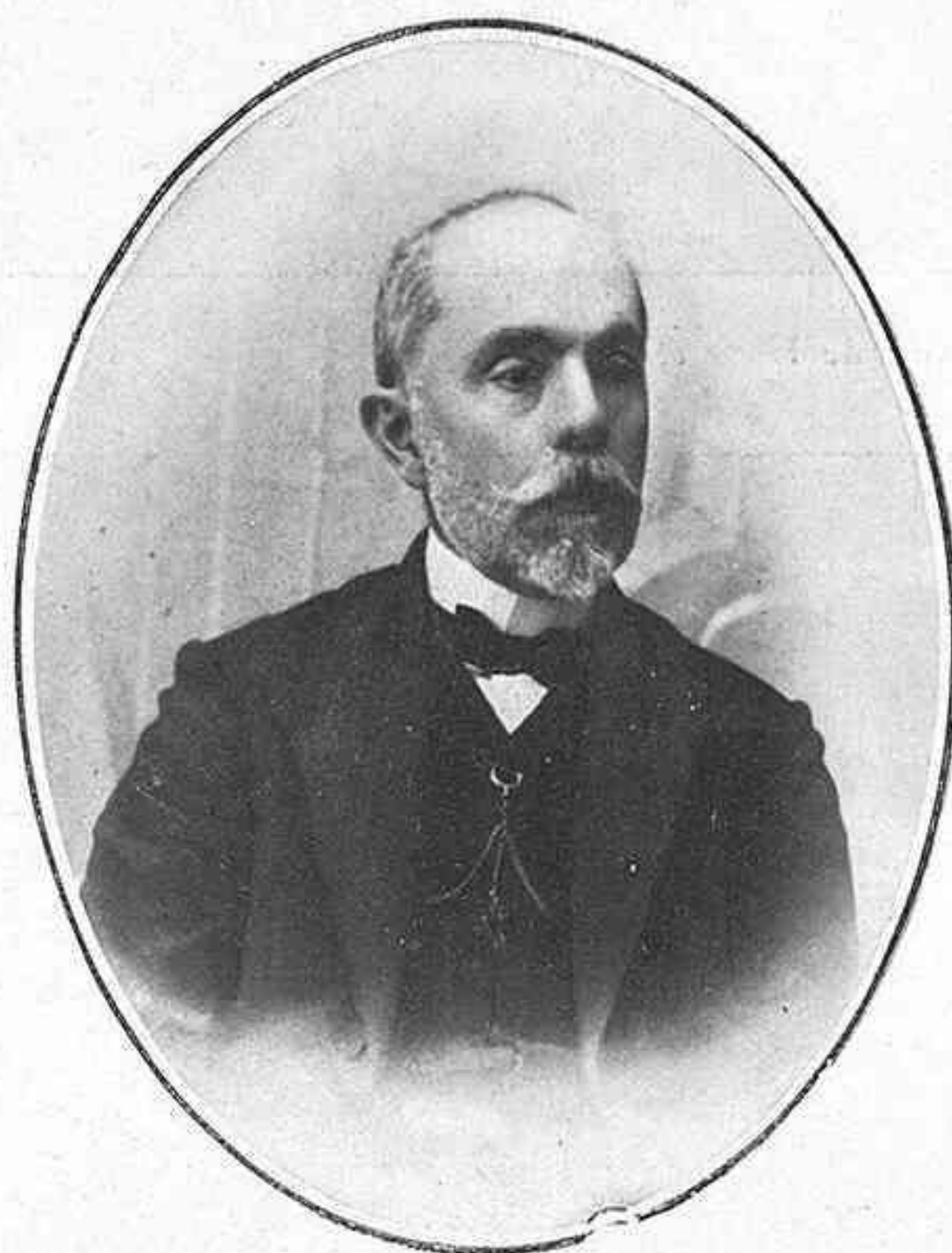


Vista parcial del salón en donde está instalado el Museo Comercial

Se ha efectuado recientemente en Melilla la inauguración del nuevo edificio de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación. Este edificio, de elegantes líneas y dotado de todas las condiciones necesarias al fin a que está destinado, levántase en la calle de Cervantes, fué comenzado en agosto de 1913 y terminado en diciembre de 1914; los planos son del distinguido arquitecto D. Enrique Nieto, a cuyo cargo ha corrido también la dirección de las obras.

El acto inaugural fué presidido por el Comandante general de Melilla, general Aizpuru, quien tenía a su derecha al Comandante de Marina Sr. Espinosa y al Presidente de la Cámara Sr. Vallescá, y a su izquierda al Presidente de la Junta de Arbitrios general Arraiz de la Conderena y al Vicepresidente de la Cámara Sr. Varea.

Abierta la sesión, el Sr. Vallescá pronunció un discurso, dando las gracias a cuantos habían contribuído a la obra de la Cámara de Comercio, la cual no habría podido realizarla sin la ayuda del Gobierno y de altas personalidades; haciendo mención de las clases de enseñanza mercantil y del museo comercial



D. Pablo Vallescá, fundador y presidente de la Cámara de Comercio



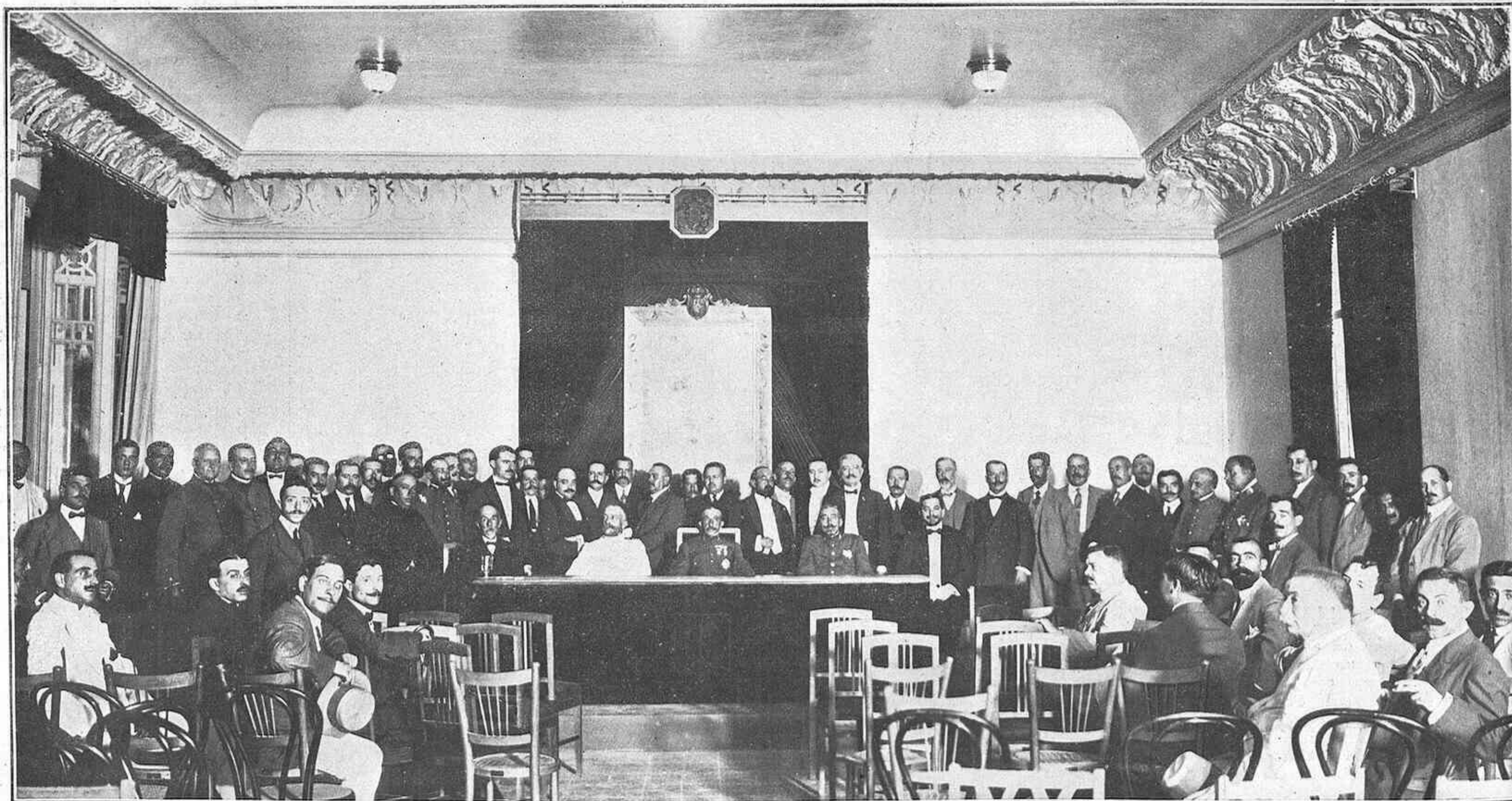
D. Enrique Nieto, autor de los planos y director de las obras de la Cámara de Comercio

establecido por aquella corporación; aludiendo a la lucha mercantil que Melilla ha de sostener; exponiendo sus esperanzas de llegar a nacionalizar aquel mercado, para lo cual se necesitan medidas protectoras del Gobierno y eficaz cooperación de los particulares; entonando un himno a Melilla e invocando el patriotismo de todos para la defensa de los intereses nacionales en Africa.

Seguidamente leyóse una luminosa memoria del Secretario de la Cámara Sr. Fernández de Castro, en la que se hace la historia de la corporación.

El general Aizpuru manifestó en sentidas frases la satisfacción que sentía al presidir aquel acto; felicitó a la Cámara por la labor que había realizado y le ofreció su incondicional ayuda para cuanto tienda al desarrollo de los intereses españoles en el Rif. Después hizo entrega al Sr. Nieto de un pergamino en el que consta el agradecimiento de la Cámara por haber hecho gratuitamente todos sus trabajos.

Terminado el acto los concurrentes visitaron el Museo Comercial, en el que hay numerosas instalaciones de muchas casas de comercio así locales como de la península.



Inauguración oficial del nuevo edificio bajo la presidencia del Comandante general de Melilla, general Aizpuru

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN